

Hablando solo

«Has cumplido con tu deber de *hombre* sumándote á los republicanos que pidieron el indulto, me digo. ¿Puedes afirmar lo mismo respecto á tu deber de *revolucionario*?»

Y vacilo al responderme; y después de invocar razones de conveniencia, acabo por no quedar convencido; á cada argumento que me hago, surge una duda nueva.

Pienso, por ejemplo:

«La supresión de la pena de muerte figura en el programa republicano. Debo, por lo tanto, aprovechar cuantas ocasiones se me presenten para impedir que se aplique.»

Sí, me replico á continuación; mas no pidiendo gracia al poder que combato. Cierzo que en el programa republicano figura la supresión de la pena de muerte, pero también figura la de la apelación á la fuerza; y como ésta puede causar víctimas, me encuentro ante este dilema: ó retroceder asustado como *hombre* ante las lógicas consecuencias de ese principio, ó disculpar y justificar como *revolucionario* á cuantos lo pongan en práctica.

Y como al pedir indulto para los condenados de Cullera lo he hecho sin disculpar ni justificar su crimen, he reconocido implícitamente que merecían la pena que se les había impuesto con arreglo á las leyes vigentes; y he ofrecido, por tanto, ocasión á la monarquía, para demostrar que puede realizar parte de los ideales del republicanismo; opinión que, de extenderse, quitaría fuerza y valor á nuestro programa.

Claro está que el partido es el medio y el ideal el fin, y que al triunfo del fin debe sacrificarse el medio, y por esto es preferible una monarquía liberal como la inglesa, á una república clerical como la del Ecuador.

Pero como el republicanismo no es únicamente un ideal basado en el horror al patíbulo, sino un conjunto de varios ideales; y como la monarquía se ha apuntalado ahora con los postes del patíbulo, debo reconocer y confesar que ese triunfo parcial de la monarquía ha alejado el advenimiento de los otros ideales.

«Los altos intereses de la Humanidad, continúo diciéndome, son anteriores y superiores á los de toda escuela ó partido.»

Sí, me contesto; pero aparte de que yo aspiro al cambio de régimen preci-

samente por creer que sirvo así esos altos intereses, pienso además en esto:

¿De haber triunfado la República por el movimiento iniciado en la provincia de Valencia, habría yo repudiado como correligionarios á los recientemente indultados por el rey y sus ministros? Seguramente no. Luego la mancomunidad de entonces, presupondría la complicitad de ahora. Y me parece muy fuerte esto de que los cómplices de los autores de faltas, delitos ó crímenes, sean los que pidan gracia para los sentenciados.

«Librar de la muerte á un hombre, aunque haya cometido un crimen, bien vale una inconsecuencia en la conducta», añado.

Concedido; pero es cuando, por conservar la vida á muchos, se ha hecho todo lo que humanamente podía hacerse. Y no creo que los republicanos hayamos hecho cuanto hemos podido y debido, á pesar de ofrecerlo, para evitar que mueran en el Rif tantos hombres, por faltas ajenas ó puntos de vista equivocados.

Me distraigo un momento y me digo á continuación:

«El indulto, forroso es repetirlo, ha apuntalado la monarquía; si no todas las simpatías que los fusilamientos de 1909 le quitaron, en España y en todas las naciones civilizadas, le ha devuelto muchas. ¿Y hemos debido nosotros, alardeando de revolucionarios, contribuir á que las recupere?»

Nuevo silencio aquí, por no saber qué contestarme.

«Nuestra petición de indulto, continuo pensando, nos habrá enaltecido como *hombres*, pero nos ha desdibujado como *revolucionarios*; y en este sentido, me siento humillado ante los que han concedido la gracia, pues quedan *moralmente* más altos que nosotros.»

Luego trato de echar una zancadilla á mi conciencia, diciéndome:

«Después de todo ¿quién sabe si se debe el indulto á la piedad, ó al cálculo, ó al miedo?»

Aparto de mí instantáneamente este pensamiento mezquino, para decirme:

«Sea cual haya sido el móvil, yo no tengo derecho á penetrar en las intenciones, sino á juzgar por los resultados. Y el resultado aquí es este: que hemos pedido el indulto, y que se nos ha concedido. Por cierto que al hablar de esto surge ante mí el espectro de aquel desventurado Sánchez Moya, que no había cometido crimen ninguno, y que acaso viviese aún si todos los republicanos hubiéramos pedido su indulto con el

empeño y la vehemencia que el del *Chalo de Cuqueta*.

Y detrás de ese espectro, veo alzarse el de Ferrer y el de los cuatro fusilados en 1909, que murieron sin el consuelo siquiera de oír en su capilla el rumor de las voces del republicanismo pidiendo su indulto; lo cual sirvió de argumento al gobierno aquel para decir más tarde esta verdad terrible: *¡que nadie lo habia solicitado!* Y me golpea implacablemente el cráneo la idea de que, si lo hubiéramos pedido, acaso aquellos hombres, que tampoco habían cometido crimen ninguno, habrían encontrado en el rey la piedad que ha concedido al reo de ahora.

Omito las consideraciones tristes que estos recuerdos me inspiran, y reanudo mi soliloquio.

«Sí, lo repito; no quiero juzgar intenciones, que desde luego reputo plausibles, ni me duele el regocijo de los monárquicos por el acto del rey. Si nosotros, revolucionarios irreconciliables, hubiésemos cumplido con nuestro deber de trabajar incesantemente por la abolición de la pena capital, no habríamos tenido ahora que pedir ese indulto por gracia.

Petición que en otros tiempos de menos acomodamientos y más virilidad no se hubiera atrevido nadie á presentar como un triunfo de partido, por temor á que se le aplicase con lógica cruel el conocidísimo epigrama de don Juan de Robres.»

Y después de decirme á mí mismo todo esto, les digo esto otro á los demás:

«Continúa en pie el ofrecimiento de mi firma para todas las peticiones de indulto de pena de muerte que puedan hacerse en adelante, sea cualquiera el crimen y la persona.»

Que también tengo yo mis debilidades como cualquiera, y tocante á inconsecuencias, no se diga.

JOSÉ NAKENS

Mirada retrospectiva

Ha sonado la hora de que alguien pinte, sin recargar las tintas, el verdadero cuadro de la situación del partido republicano, para ver si por fin nos decidimos á corregir lo desdibujado y á retocar lo borroso. Y hasta que aparezca ese alguien, voy á trazar un modesto boceto yo.

A decir verdad, la hora sonó hace años; los males que nos tienen anulados para toda acción fecunda y puestos

además en ridículo, son ya viejos; pero nos ha pasado lo que á aquellos indíviduos que se sienten enfermos, y no se ponen en cura confiados en el vigor de su organismo; se van agravando poco á poco, sin notarlo apenas, y cuando acuden al remedio, la enfermedad ya no lo tiene.

Y dicho esto, voy á explicar por qué voy á trazar yo el boceto en la esperanza de que alguien pinte luego el cuadro.

Tuve necesidad, hace un mes próximamente, de hojear los tomos de El Motín para buscar un artículo; fijéme al paso en algunos otros de que ya no me acordaba, y al advertir que muchas de las cosas que creo decir ahora por vez primera, las publiqué hace diez, quince, veinte años, algunas hasta con las mismas palabras, me pregunté con espanto: «¿Si se habrán petrificado las ideas en mi cerebro? Siendo el progreso cambio, renovación, transformación, ¿cómo escribo yo hoy lo mismo que ayer?»

Y me preocupó de tal modo esta idea, que no se me ocurrió hasta una semana después esta otra: «¿Y cómo no escribir lo mismo, si los demás obran igual que antes y la marcha del partido es idéntica? Ocurrirán ellos de otro modo, y de otro modo escribiría yo.»

Y dicho esto, volvamos la vista al pasado.

Ideas y hombres

Los hombres no son nada; las ideas lo son todo...

Esta vulgaridad con honores de tontería corre de boca en boca, como si las ideas naciesen y se desarrollaran en otra parte que en el cerebro del hombre, y no estuvieran, por lo tanto, sujetas á cambio y mudanza.

Antes que á las ideas, hay que atender á los hombres que las simbolizan. Y si no, vamos á cuentas:

¿No predominaba la idea democrática el 73 en España? ¿No estaba establecida la República? ¿Y por qué desapareció todo aquello? Porque los hombres encargados de implantar, sostener y arraigar ideas tan convenientes, tan justas y tan patrióticas, no supieron por dónde se andaban.

Los hombres sin ideas pueden contribuir al triunfo de las más contrarias á sus convicciones. Las ideas sin hombres se desvirtúan, y, si bien no mueren con éstos, tardan más en imponerse.

Y no sirve decir que las ideas sólo se imponen cuando las circunstancias de tiempo y lugar les favorecen, pues haré observar que todas aquellas que han servido al progreso de la humanidad han sido siempre impuestas por una minoría.

Las ideas pierden ó ganan, según que éstos ó aquéllos hombres las defiendan, sin dejar por esto de representar cada una lo que representa.

Un cura lujurioso predicando la castidad; un bandido, el respeto á lo ajeno; un avaro, el desprendimiento; un glotón, el ayuno, indignan ó hacen reír, mas no convencen á nadie.

Por lo tanto, vuelvo á repetirlo: es una vulgaridad con honores de tontería lamentarse sin ton ni son de los ataques á los hombres que por su talento, su influencia ó los caprichos de la suerte están al frente de las fracciones republicanas, porque á ellos y sólo á ellos debemos los males que lamentamos.

¿Se habría perdido la República si aquellos en cuyas manos la pusimos hubieran sido consecuentes, enérgicos y hombres de Estado? No.

Pero aun suponiendo que por cualquier accidente hubiera llegado ese caso, ¿habría durado la restauración los años que lleva, si ellos tienen grandeza de espíritu, patriotismo y amor al pueblo? Tampoco.

Pues entonces, ¿á qué separar los hombres de las ideas y venirse con lamentaciones pueriles y ridículas porque se exija á cada uno lo que tiene el deber de dar por su historia, el puesto que ocupa ó el cargo á que aspira?

17 Noviembre 1889.

La paja en el ojo ajeno

Desde que un jefe republicano piensa ir á cualquier punto, sus correligionarios no descansan. Telegramas y cartas refiriendo en qué fonda va á hospedarse, los coches que bajarán á recibirle, los nombres de los individuos que en cada estación lo felicitarán.

El día que sale el jefe, se enumera los distinguidos miembros de su partido que le despiden, se encarece el jival que le dieron al partir el tren, se indica quién iba á su derecha y quién á su izquierda, en qué estación tomó un vaso de agua, en cual se desayunó; todo, por de contado, con los indispensables egregio, eminente, ilustre, gloria del partido, honra de España, etc.

En el punto de llegada se refiere lo que dijo, lo que hizo, la expresión de su rostro; su salida al balcón del hotel entre gritos de entusiasmo; su elocuentísimo discurso que revela al gran ciudadano, al eximio político, al perfecto hombre de Estado, firme sustentáculo de la idea republicana y del que la patria lo espera todo.

El banquete que le dan también es descrito al detalle; el fondista se excedió á sí mismo, presentando platos exquisitos, los vinos fueron de acreditadas marcas, y el ramo del centro de la mesa fué envlado á la bellísima y distinguida señora del renombrado jefe local, D. X. Z.

Al destaparse el champagne, la alegría se retrató en los semblantes. Inició el brindis el elocuentísimo orador H... En medio de atronadores aplausos, saludó en nombre del partido al ilustre huésped, siendo acogido el jival que lanzó al final con manifestaciones de entusiasmo rayanas al delirio.

Pero cuando éste llegó á su colmo, fué al levantarse el Sr. K. K. Con voz robusta y entonación solemne, dijo que la República está en puerta, como lo viene diciendo hace dieciocho años, y que son ciegos los que no ven que se aproxima á paso de gigante. (Los aplausos interrumpen durante cinco minutos al orador.) Añadió que la unión es la fuerza, y que debemos unirnos para

caer sobre la vetusta monarquía como una avalancha y enterrarla para siempre en el fango de sus inmoralidades.

Levantóse el jefe, y comenzó á hablar en medio del silencio más profundo; los concurrentes retenían su aliento para no perder una sílaba de su grandilocuente oración. Comenzó elogiando la consecuencia, el valor y los sacrificios de los republicanos de aquella localidad, los mejores de toda España, modelo de ciudadanos y de patriotas. Lanzó apóstrofes sangrientos contra la monarquía, que salió de sus manos triturada. (Los aplausos interrumpen su arrebatador discurso á cada palabra.) Encareció las bienandanzas que la República ha de traer; en períodos ciceronianos tronó contra la infame traición del 3 de Enero, y terminó aconsejando la paz, la unión y la concordia.

Después se encarece el civismo de los que con hachas encendidas y lanzando entusiastas vivas lo acompañaron á su domicilio; se cita el nombre del distinguido profesor que dirigió maravillosamente la incomparable orquesta que tocó magistralmente el hermoso y arrebatador dúo de *Los Puritanos* y la revolucionaria *Marsellesa*, frente al hotel.

Al día siguiente se describe la marcha del egregio: el andén de la estación invadido; los vivas ensordecedores; los abrazos interminables; se ponen telegramas á los periódicos adictos; se publican correspondencias ponderando lo beneficioso de la visita para la causa, y...

Y mientras el eximio regresa á Madrid después de echar aquellas tapas y medias suelas á su conciencia, que le acusaba de no hacer nada, los republicanos de la localidad modelo se enzanzan de nuevo, aumenta la división, aparece otra disidencia y vuelven las cosas al ser y estado que antes tenían.

Y así llevamos dieciocho años, ¡que ya es tiempo!, entremezclando entre esas propagandas inútiles, burlas é ironías contra los monárquicos porque hacen lo mismo con sus jefes.

¡Siempre la paja en el ojo ajeno!

27 Agosto 1892.

¡Hombres! ¡Hombres!

Hay en la política axiomas que pasan por incontrovertibles: uno de ellos el de que las ideas lo son todo y los hombres nada.

Yo creo, por el contrario, que de una idea mediana pueden sacarse grandes bienes cuando la desarrollan y la aplican hombres de rectos propósitos y gran inteligencia, y que una idea inmejorable puede no servir para nada si se encomienda su aplicación á hombres ineptos, por más que sean honrados y virtuosos hasta merecer la bienaventuranza eterna.

Entréguese á un profano el instrumento de física más perfeccionado, ó el Estradivarius más maravilloso. Por estar en manos de ellos no dejarán de ser lo que son, y, sin embargo, para nada servirán. Póngase en cambio un violín regular en manos de un buen músico, ó un instrumento deficiente de física en manos de un buen mecánico, y éste lo hará funcionar á maravilla y aquél sacará melodías deliciosas.

Igual ocurre con las ideas; y al que lo dude habría que preguntarle cómo, siendo indiscutible la bondad de la republicana, habiéndole las circunstancias favorecido tanto, y contando con tantos adeptos, no ha podido imponerse en los últimos veinte años.

No, y cien veces no; las ideas no lo son todo y los hombres nada; á esta creencia errónea débense muchos de los males que lamentamos; ella nos ha impedido fijarnos en que los hombres que estaban al frente de las fracciones republicanas carecían de las condiciones necesarias para hacer triunfar la República.

Y cuando alguien, como yo, ha querido poner de manifiesto sus deficiencias, millares de voces se han alzado para gritarle en todos los tonos: «¡Nada de personalidades! ¡Combátase á las ideas y no á los hombres!», otra vulgaridad de á folio, pues no se concibe que en ningún campo, pero en el democrático menos, sea permitido poner en las nubes al hombre político por sus actos loables y no lo sea combatirle por los merecedores de censura. O el mérito es exclusivamente de las ideas, ó es suyo en parte. En el primer caso, ¿por qué elogiarlos cuando aciertan? Y en el segundo, ¿cómo no atacarlos cuando se equivocan?

«¡Hombres! ¡Hombres!»—exclamaba yo hace años en un artículo que no me valió aplausos. Y «¡hombres, hombres!», —exclamo ahora, dirigiendo en vano mi mirada á todas partes, y desconfiando ya de que las ideas, por su sola virtualidad, sirvan para imponerse en el momento oportuno.

Hombres, sí; que de nada sirve que el licor sea bueno, si la vasija que lo contiene no reúne las condiciones necesarias para conservarlo y mejorarlo.

1.º Abril 1894

Yo y ellos

Y yo decía:

—Por el camino que vamos, corremos á la muerte.

Y ellos, los del coro, contestaban:

—¡Viva Pío! ¡viva Salmerón! ¡viva Zorrilla!

Y yo continuaba:

—Esos hombres son inhábiles para traer la revolución.

Y ellos respondían:

—¡Son sabios, son ilustres, son eximios!

Y yo añadía:

—No tenemos recursos para hacer un movimiento. Con *dos céntimos* semanales que diese cada republicano, reuniríamos millones en un año.

Y ellos contestaban:

—¡Celebremos banquetes, pronuncie-mos discursos, cubramos de flores á los jefes!

Y yo proseguía:

—El Ejército nos abandona. Hagamos algo para atraerlo.

Y ellos vociferaban:

—¡Los jefes tienen generales, y regimientos y divisiones! El pueblo se basta y se sobra.

Y yo insistía:

—Que el tiempo pasa, que las masas se nos separan, que el clericalismo se nos impone.

Y ellos gritaban:

—¡Abajo los traidores, los que ayudan á la monarquía, los aspirantes á jefatura!

Y hoy que todo está roto, deshecho y en peligro de muerte; y hay jefes que reconocen ya lo que yo veía claro hace tantos años; y no tenemos un militar que nos ayude, ni un céntimo para comprar un fusil, ni el pueblo acude ya á las elecciones, ¿qué dicen todos esos vociferadores de oficio, todos esos conspiradores de ópera cómica, todos esos gozquecillos que los jefes azuzaban contra los que queríamos poner con tiempo remedio á los males que ya todos confiesan?

Aunque bien mirado, hay que disculparlos. Doña Verdad es una señora digna de todos los respetos, pero bastante fea; mientras que doña Mentira ¡oh! doña Mentira es tan hermosa, tan encantadora...

Además, no hay que olvidarse tampoco de que el papel de redentor sigue teniendo, material y moralmente, las mismas quiebras que cuando había que arrancar las caretas á los fariseos y á los publicanos.

7 Octubre 1894.

La fuerza y la idea

¡Cuán lejos ¡ay! estamos de aquellos hermosos tiempos en que con cuatro trompetazos venían por tierra los muros de las plazas fuertes como Jericó!

A no haber pasado, no sería yo quien le preguntase á ninguno que alardeara de revolucionario si traía dinero ó soldados; me enteraría solamente de si traía trompeta, que para el caso era igual.

La maldita experiencia, que ahoga en flor las más puras ilusiones, me ha enseñado que, desde el principio del mundo, el que ha tenido en su mano la *quijada* ha reventado á los otros.

Oigo á lo mejor decir que lo que la fuerza crea la fuerza lo destruye y me sonrío, pues habiéndolo creado la fuerza todo, debería todo ser por ella destruido. Y, sin embargo, el mundo marcha y progresa.

No afirma é que la fuerza lo sea todo; me excomulgaban los defensores platónicos de la idea pura. Mas séame lícito indicar que la idea necesita tener á su devoción y servicio la fuerza para imponerse, aun cuando es é modestamente representada por lanzas, sables, fusiles y cañones.

No negaré tampoco que hay palabras mágicas, frases redentoras y discursos demoldores; mas haré observar que, si alcanzan esa virtud, es porque impulsan la fuerza en determinado sentido.

Y dire más; es tal la eficacia de la fuerza, que hasta da el triunfo á los que la poseen aun cuando la idea que representen no sea la más admitida: hablen los campos de Sagunto el año 1874.

Es una lástima ciertamente, y por ello haré cargos al Supremo Hacedor cuando me ponga al habla con é!, que el progreso no se realice al compás de una habanera ó un zortico y que la vida sea lucha constante y terrible.

Si; es doloroso esto de que los discursos de Alcatá Galiano tenga que traducirlos en leyes el sable de Riego; que la libertad tenga que pasar por Al-

coles; que la espada de Pavía anu'e las elocuentes oraciones de Castelar. Sí, es muy doloroso.

Mas como no está en mis pecadoras manos torcer las leyes de la Naturaleza (y esta de la fuerza es una), acato humildemente los designios de quien las dictó, y no trato de enmendarle la plana; que sobre ser pretensión heterodoxa, tendría el inconveniente de entregarnos atado de pies y manos á quienes los secundan.

5 Octubre 1895.

¡Abajo los programas!

Hay quien sostiene que es necesario mantenerlos, no precisamente para derribar la monarquía, sino para lo que venga después.

La afirmación, por tener de todo, hasta gracia tiene. ¡Lo que venga después! Cualquiera puede profetizarlo.

Hasta los que alardean de demagogos retroceden ante la idea de que vayamos á la revolución sin programa; quieren, por lo visto, sujetar la revolución al metro y al kilo. Revoluciones con peso y medida...

Puestos ya á eso, no sé cómo no se les ha ocurrido escribir un manual de táctica, en que, como á los quintos, se instruya á los revolucionarios: ¡Autonomía municipal! ¡Uno... dos!... ¡Juntas revolucionarias!... ¡D's frente! ¡March! ¡Uno... dos!... ¡Alto! ¡Uno... dos... tres!...

No niego que esto sería encantador, idílico; sólo tiene el pequeño inconveniente de que es imposible de realizar.

De nada nos ha servido ni nos sirve todavía la experiencia á los republicanos. Es nuestro principal defecto.

Todo lo hemos hecho siempre con programitas. En la misma República del 73 daba gusto ver la unanimidad de pareceres, en cuanto á lo federal, que existía en el partido. ¿Y que resultó? Que nos hicimos un lío, porque cada cual entendía la federación á su manera, y algunos de ninguna.

Y no es que yo dude de la eficacia de los programas. Pero pregunto: si todos son buenos, casi infalibles, ¿cuál vamos á preferir? ¿Cuál de ellos debe ser elegido por más práctico, más viable ó más oportuno?—¡El mío!—contestará cada fracción y aún cada individuo que se permita el lujo de tenerlo.

Y hénos siempre en el mismo círculo vicioso. El que cree que el suyo es el mejor, no debe ceder, so pena de inconsecuencia; y no cediendo ninguno, el diablo que adivine cómo vamos a entendernos.

¡Los programas! Parece mentira que todavía haya quien no esté convencido de que no sirven para nada, como no sea para dividir. Si sirvieran, ha tiempo que hubiera venido la República, ¡Apenas le hemos dado programas al país, aderezados en todas las formas y servidos con todas las sajas, sin que nos haya hecho maldito el caso!

Y por cierto que, á causa de haberle dado tantos, el país no sabe ya á qué carta quedarse, ni qué es lo que le ofrecemos. Y lo mismo que al país, nos ocurre á muchos republicanos.

Se necesita una memoria de las que no se usan, para recordar lo que cada fracción quiere y ofrece. Por mi parte, confieso que no sabría responder al

que me preguntara: «¿en qué están los republicanos de acuerdo, y en qué no lo están?» Tal baturrillo de programas hemos armado.

Por estas razones, y por muchas más, opino que hay que encerrar los dichos programitas, no bajo siete, bajo setecientas llaves, y sustituirlos con éste, claro, expresivo, y perfectamente realizable: «abajo todos los programas, para llegar á la unión que ha de contribuir poderosamente á derribar la monarquía».

¿Y después? Si no es posible determinar lo que va á pasar dentro de una hora, ¿vamos á adivinar lo que sucederá después de venir la República?

Con tal que pase lo contrario de lo que ocurre hoy, el país saldrá ganando en moralidad, en vergüenza, en dignidad, y hasta en dinero.

Lo que no debemos olvidar, es esto:

El país no se asusta ya de ningún programa republicano, por radical que parezca.

Por lo que se retrae de ayudarnos, es por no ver hombres entre nosotros.

Tengamos arranques de tales, y á nuestro lado se pondrá,

Capitanes que luchan: no apóstoles que propaguen. Esto es lo que necesitamos ya, y lo que España quiere ver.

15 Octubre 1896

¡Oh, los caracteres!

Olvidarse de lo que se piensa y aplazar lo que se desea para facilitar la venida de la República, es una antigualla. La divisa de hoy es esta: «primero yo y lo mío.»

Solamente revolucionarios de chicha v nabo como aquel Danton podían hablar así al ver su patria en peligro:

«Combatamos al enemigo. ¡Eh! ¿qué importa ser llamado bebedor de sangre? ¿Qué me importa mi reputación? ¡Sea libre la Francia y que mi nombre sea deshonrado!»

¿La patria antes que la fama? ¿El honor colectivo antes que el personal? ¿El triunfo de todos antes que el propio? ¡Valiente revolucionario estaba Danton! ¡Y que los franceses le hayan levantado una estatua precisamente por haber hablado así!

Lo que los pueblos necesitan hoy para salvarse no son hombres de aquellos, sino de los que dicen: «mis principios me impiden...» «mi programa me veda...» «mi ideal no se acomoda...» «la consecuencia de que me envanezca...»

Aun cuando esa consecuencia sea estéril, y el programa sólo sirva para dividir, y los principios para tener pretexto de discursar, y el ideal para no tomarse el trabajo de estudiar los problemas presentes, ¿qué importa? Lo que hay que salvar en primer término no es la patria, implantando la República, sino el derecho de cada cual á seguir hablando de sus principios, su programa, sus ideales. ¿Qué diría la posteridad si ellos enlodaran el manto armillado de su consecuencia?

Así, á mantenerse firmes, á no ceder en nada, á no borrar ni una letra de ningún principio, algunos de los cuales sirven ya de postre hasta á los conservadores. Los caracteres inflexibles salvan las naciones. Lo extraño es que la República no haya venido aún, abun-

dando tanto en el partido los hombres de una pieza.

Aunque acaso ¡quién sabe! se reser- ven para mejor ocasión.

13 Marzo 1897.

Juego de niños

¿Por qué no nos hemos unido de verdad los republicanos para derribar la monarquía? Por habernos dedicado á jugar á la República durante la restauración. Todos nuestros organismos han respondido á esa idea.

¿Se cree esto una paradoja? Pues véase los cargos y funciones que hemos ejercido, y comparémoslos con los que dentro de la República verdad hubiéramos desempeñado.

Presidente de la República.—El jefe de cada fracción.

Ministros.—Los miembros del Directorio ó Consejo.

Cortes.—Las Asambleas y en su defecto las Juntas Centrales.

Gobernadores.—Los presidentes de los comités provinciales.

Personal de los gobiernos.—Los vicepresidentes y vocales de esos comités.

Ayuntamientos.—Los comités municipales.

Legislación.—Las Constituciones y programas de cada fracción.

Gacetas.—Los órganos de cada jefe en la prensa.

Alianzas.—Las que se han pactado entre las diferentes fracciones para elegir diputados ó concejales.

Guerras civiles.—Las sostenidas entre fracción y fracción y que en ocasiones han dado vida á otra nueva.

Tributos.—Los acordados para sostener periódicos oficiales, realizar movimientos de fuerza, dar banquetes al jefe ó á sus delegados, etc.

Camarillas.—Las que han rodeado á cada jefe adulando sus caprichos.

Ejecuciones.—Las llevadas á cabo, moralmente, en todo aquel que no se ha sometido á los jefes absolutos, inamovibles é irresponsables.

Tratamientos.—En vez del «augusto soberano» de la monarquía, hemos dado á los jefes los de ilustres, eximios, integérrimos, eminentes, etcétera.

Y entretenidos en estas puerilidades, apenas si nos hemos fijado en los males de la patria. ¿Qué falta nos hacía que viniese la República, si nos hablamos cada uno proporcionado una para andar por casa? Excepto cobrar, todo lo demás lo hemos hecho.

Y como la vanidad se satisface con lo que encuentra á mano, de igual manera que hay quien toma Champagne de á dos pesetas y Jerez de á seis reales con la misma solemnidad y el mismo gusto que si fueran legítimos, nosotros nos hemos contentado con parodiar la República, reservándonos el doble placer de figurarnos que hacíamos de paso destroz terrible entre los monárquicos.

Y así hemos pasado veinte años.

20 Mayo 1898.

Lo que hemos hecho

Hemos jugado á los comités; nos hemos distraído en los mitines; hemos ce-

lebrado manifestaciones; hemos hecho á diario vaticinios sobre la muerte de la monarquía; hemos elogiado por turno, y á veces, aunque pocas, juntos, á Pi, Salmeron y Zorrilla; los hemos puesto como nuevos otras veces, por turno también, juntos y separados. Y hemos hecho y deshecho coaliciones; acudido á la lucha legal y retraído; entrado en las Cortes y retirado; juzgado incompatible la lucha revolucionaria con la legal, y juzgádola compatible; celebrado asambleas; hecho subir prodigiosamente las rentas públicas con los millones de cartas de felicitación y los ídem de telegramas dirigidos á los jefes con uno ú otro pretexto; y hemos, en fin, gastado centenares de miles de duros en publicar periódicos para propinarlos el gusto de llamar soberbio á Cánovas, escéptico á Sagasta, bruto á Martínez Campos, traidor á Pavía ruinosa á la restauración, y otras frases por el estilo, que en nada han contribuido al bienestar del país.

¿Y los banquetes? ¡Ah! ¡Lo que hemos banquetado con cualquier pretexto y ocasión! El 11 de Febrero; el día del santo de este jefe; cuando ha venido un portugués; cuando se ha ido; banquete por el maravilloso é inesperado acontecimiento de que un diputado republicano habló en el Congreso; banquete porque se retiró la minoría; banquete porque se constituyó un comité; banquete por cualquier cosa: «La oposición es un banquete» hemos podido exclamar sin que nadie se atreviera á tacharnos de exagerados.

¡Ah! Si tuviéramos reunidas las cantidades que hemos digerido los 11 de Febrero, los días de constitución de Comités, terminación de Asambleas, reunión de Juntas, ó del santo de tal jefe, saldríamos á fusil por republicano y á cañón por cada millar, con las correspondientes municiones. Podemos bien, sin que se tome á jactancia, alabarnos de habernos comido la instauración de la República.

Y en medio de esto, ¿qué de ilusiones! ¡cuántas esperanzas!

Cuando han mandado los liberales, hemos dicho que lo que convenía era que los sustituyeran los conservadores, porque éstos aprietan, y nos levantaríamos como un solo hombre. Y, efectivamente, venían los conservadores, apretaban más que un dolor, y no se movía una rata. Entonces volvíamos la oración por pasiva, y deseábamos que volviesen los liberales, porque al fuego sagrado de la libertad bulle más ardorosa la sangre revolucionaria. Y cuando los liberales volvían, permanecíamos hechos unos benditos, salvo los pronunciamientos militares del 83 y del 86, que se prepararon sin contar con el pueblo para nada. Desde el último han transcurrido ya catorce años, sin que á pesar de esto dejemos de escupir á diario por el colmillo.

Y entretanto, ¿qué ha sido del pueblo? ¡Bah! ¡El pueblo! ¿Qué se nos da de él, fuera de las épocas de elecciones? No trabaja, no come, languidece, muere... Pero eso ¿qué? Con echarle la culpa á la restauración, ya hemos cumplido.

¿Y qué ha sido de España? ¡Bah! ¡España! ¿Qué nos importa de ella, mientras no hayamos fijado bien el límite de las autonomías? Bancarrota en el interior, humillaciones en el exterior,

pérdida de Colonias... inmoralidad en todas partes... La reacción ahogándola; las órdenes religiosas saqueándola; los incapaces gobernando; los honrados abatidos; indiferencia en los unos; asco en los otros; el agio en triunfo; la usura único medio de vida donde no importa el robo; fábricas que se cierran; comercios que se hunden; labradores que ven pasar sus fincas al fioco; ruina y desolación por donde quiera que se mire...

Y nosotros, ¡mal ni un arranque viril, ni un sacrificio fructífero. Ninguno cedemos. ¡Qué se hunda todo antes que nuestra irreflexible conciencia tenga que echarnos en cara la más pequeña transgresión de principio! Faltamos á todos ellos en más ó en menos mientras duró la República, y aun después. Pero ahora debemos ser inflexibles, ¿Qué diría la posteridad si cualquiera de nosotros transigiese en bien de la patria? ¡Oh! Nunca. Nos debemos á la historia. ¡Sálvanse los exclusivismos y perezca España!

Así hemos obrado, así seguimos obrando, y así nos vemos.

Guerras civiles ha habido muchas entre los españoles, pero no han sido infecundas como la sostenida entre nosotros. En la conquista de América, la epopeya más grande de los siglos, los españoles se combatían, pero avanzaban; sobre sus huesos levantaban un mundo para su patria; con su sangre regaban el árbol de la civilización.

Nosotros, en cambio, nos combatimos sin grandeza, sucumbimos sin gloria: sobre nuestros huesos no se levantará más que un farrago inútil de programas, manifiestos, circulares, telegramas de felicitación, *menús* de banquetes; papel, mucho papel; y en vez de sangre, sólo podremos ofrecer al desprecio de las generaciones venideras, tinta, mucha tinta...

29 Diciembre 1900.

LOS MITINS

Me rindo á la evidencia. Contra lo que yo sostenía, en los mitins está por lo visto la salvación de España en estos momentos.

Retiro, pues, el artículo que escribí sobre la caída de las murallas de la Jericó monárquica á gritos y trompetazos. Indudablemente caerán de ese modo. Los que discursen de ben saberlo de cierto. Y como para mí lo importante es que caigan... Nada, que lo retiro.

Lo que no les perdonaré nunca á los que celebran mitins, es que, estando en el secreto, hayan consentido que la monarquía dure tanto. ¡Un medio tan fácil, tan económico, tan poco expuesto, tan divertido, tan seguro, y no haberlo empleado hasta ahora, por lo menos en la cantidad suficiente para que produzca el efecto deseado! Caiga sobre los que no lo aplicaron la maldición de la Historia. ¡Y la mía!

Preguntaba yo: «¿De qué van á hablar en los mitins?» ¡Torpe de mí! De todo. Cuando se tiene seguridad en el efecto, lo de menos es el tema.

Por esto, lo mismo aplaude el público al que les predica la federación revolucionaria, que al que les habla de

unión nacional republicana, que al que se lía con la enseñanza... El tema es el erizo, la cáscara... La castaña está de tajo.

Lo que me interesa es la tranquilidad de los monárquicos. Como el chico de la fábula, se duermen al borde del pozo. Si no fuera porque deseo que reventen cuanto antes, los compadecería. Están ciegos, con esa ceguera de aquellos á quienes Dios quiere perder.

Pero el día terrible se aproxima, y en un minuto de aquel día sufrirán los tormentos que no sufren en el infierno durante un siglo los condenados á parri-la perpetua. ¿Qué será el verlos temblar con el indispensable castañeteo de dientes, al enterarse de que en Madrid dispararán frases mortíferas contra la institución monárquica los terribles diputados de la minoría que en el Congreso se guardan de hacerlo, á la hora misma en que se corone al nuevo rey? Favura pone en el espíritu más animoso pensar en lo que se achicará el de ellos, de suyo pusilánime y cobarde.

Mas no cedamos, no flaqueemos. Que sufran la pena del Talión: ojo por ojo y diente por diente. ¿No se sublevaron ellos en Sagunto para imponer la restauración? Pues con soltarles nosotros unos cuantos discursos el día de la coronación de D. Alfonso XIII, en paz. Y vengados.

La venganza es terrible, como de quienes la preparamos; pero no nos detengamos ante la idea de las catástrofes que producirá.

Seamos inexorables. ¡Discursazo y tiente tieso! Y desquiciése todo, y húdase todo y aniquilése todo, con tal que podamos aquel día decirle al mundo, que nos admirará asombrado:

«¡Cumplimos con nuestro deber! ¡Lo de Sagunto está vengado! ¡Viva la República!»

3 Mayo 1902.

Rectificación de conducta

Si la República viniera por arte milagroso, y a que para traerla no servimos, duraría menos que la otra, en tanto que no tengamos todos, unionistas, federales y progresistas, el honrado valor de declarar que somos un partido burgués, *el más radical de los burgueses*, pero al mismo tiempo el único en condiciones de implantar en España el reinado de la justicia; dentro de la ley, cuando se pueda; á palos, cuando se necesite.

Si no declaramos esto, y seguimos empleando los tópicos que estuvieron de moda en 1848; anunciando todos los días la buena nueva; creciendo lo que sabemos de antemano que no hemos de poder cumplir; diciendo que la monarquía es débil y no tirándola; celebrando mitins donde la batuta del delegado del Gobierno regule el compás; halagando las pasiones de los que mañana tendrán razón para rebelarse contra nosotros por no haberse las satisfecho...

Mientras nos entretengamos además en fundar casinos y centros con tesoros sin caja y bibliotecarios sin libros; celebrando en ellos veladas musicales y dramáticas y bailes de trajes; y per-

petremos Kermeses, y pongamos Tómbolas; y recibamos á los oradores trahumantes con músicas, palmas y flores, satisfaciendo así pasadas nostalgias de vanidades pequeñas...

Mientras celebremos barquetes con cualquier pretexto y conmemoremos tantas fiestas nacionales y extranjeras en vez de trabajar para que en lo porvenir sea éste bre una sola...

Mientras nuestros diputados, salvo seis ó ocho, ejerzan de figuras decorativas en las Cortes los unos, y los otros permanezcan tranquilamente en su casa viendo por sus particulares intereses; y la oposición que hagan no sea constante y ruda, en vez de enardecerse tres ó cuatro días para caer luego en silencios inexplicables; y no se convengan de que se les ha enviado allí de jornada, no de residencia, y con el único objeto de preparar la revolución, por ser el único sitio donde se puede hablar claro, alto é impunemente; y reserven sus mayores energías para lo que particularmente les interese...

Mientras se ponga lo secundario sobre lo principal, esto es, las elecciones sobre la labor revolucionaria, y se sueñe con traer setenta diputados en las próximas elecciones, cuando, siguiendo como vamos, no alcanzarán quince sus actas en buena lid, y nos contentemos con predicar á los convencidos en vez de atraernos por la grandeza de nuestros actos á los vacilantes y los indiferentes...

Por último, mientras no ofrezcamos á la nación la seguridad de que constituiremos un gobierno fuerte que encauce todo lo que aquí está desbordado y garantice que acabará todo predominio de clase; y que, dejándonos de cuestiones chicas, nos dedicaremos en cuerpo y alma á iniciar, implantar y sostener todo aquello que tienda al engrandecimiento moral, intelectual y material de la patria; mientras esto no hagamos, será inútil, repito, que llamemos al ejército, porque no vendrá; que ofrezcamos programas recortados al pueblo, porque no nos hará caso.

Y cada día iremos perdiendo más fuerza; y los que pudieran venir á sumarse con nosotros al convencerse de que la monarquía es ya impotente para resolver las cuestiones que afectan al presente y al porvenir de la patria, verán venir la tormenta sin apartarse de donde están, por temor á que se agraven con nuestro triunfo los males que sufre España.

Y concluyo por hoy, diciendo.

Si no se rectifica, y pronto, la marcha seguida, ó no vendrá la República, ó vendrá cuando ya todos hayamos desaparecido del mapa. Y esto vendría á demostrar que ninguno de los que hoy bullimos, ya charlando, y escribiendo, y amenazando, ya conspirando, habíamos servido para nada. Y entonces se echaría de ver que todos los aplausos, todas las ovaciones, todos los vivas y todos los homenajes que hoy se prodigan, se habían prodigado injustamente. ¿Y no sería una gran torpeza continuar dando pretextos á la Historia para que nos desprecie ó nos anatematice?

Y todo lo que no sea rectificar la marcha seguida, podrá ser acaso buenos deseos, pero mal encarrados; loables trabajos, pero infecundos; propósitos nobles, pero irrealizables; y acu-

sará en todos nosotros más apego á la rutina, que afán por romper los moldes viejos; más persistencia en mantener preocupaciones antiguas, que grandeza de espíritu para olvidarlas; más acomodamiento con el medio, que anhelo por variarlo; más empeño en hacer ver que hacemos, que impaciencia por ejecutar; más culto al egoísmo, que amor al sacrificio; en fin, más cálculo que abnegación...

Todo esto tiene remedio aún, y creo que se le pondrá; mas convendría que fuera pronto, como he dicho, para que no se nos eoharan encima sucesos que pudieran aumentar dificultades á nuestra empresa, variando la orientación de España, y no dejándonos otro consuelo que el de pensar en que, alardeando de consecuentes federales, inmutables progresistas ó entusiastas unionistas, fuimos sólo unos cobardes ó unos incapaces.

13 Mayo 1905.

Y después de leídos esos artículos, ¿habrá quien niegue que los males señalados por mí ayer, son los mismos que padecemos hoy? ¿Los que nos mantienen en la impotencia? ¿Los que nos impiden avanzar? ¿Los que matan las poderosas energías populares?

¿Y podrá tampoco nadie dudar de que lo petrificado en el republicanismo no son las ideas más, si no las de los directores actuales del republicanismo, que obran hoy lo mismo que obraban los de ayer?

Verdad contradicha

Al ser desterrado Victor Hugo de Amberes en 1852, pronunció un discurso, al que pertenecen estos párrafos:

«Amarse en la aflicción constituye la felicidad en el infelicitario.

¿Y cómo podríamos no amarnos? Nos aflige la misma desgracia y nos anima la misma esperanza. Tenemos sobre nuestras cabezas el mismo cielo y el mismo destierro. Por lo mismo que vosotros lloráis, lloro yo; el vacío que sentís vosotros, lo siento yo también; lo que vosotros esperáis, es lo mismo que yo espero. Siendo iguales en la suerte, ¿por qué no habríamos de ser hermanos por el espíritu?

¡Amémonos! Sufrir juntos es amarse. La adversidad, hiriendo nuestros corazones con la misma espada, los ha atravesado del mismo amor.

Nuestro objetivo es un solo pueblo; nuestro punto de partida debe ser una sola alma. Busquemos la unidad por la unión.»

Todo eso es muy hermoso, pero los republicanos españoles nos hemos encargado de demostrar que no es cierto.

Mientras más sufrimos juntos, más nos odiamos, y menos dispuestos estamos á unirnos.

Y hay que unirnos, á pesar de todo. ¿Cómo? Si no puede ser de otra manera, á palos.

Dados por los de abajo, á los de arriba.

ADVERTENCIA

En fin del actual cesará esta Administración de vender libros, folletos, láminas y Hojitas á mitad de precio.

Como todavía no he sido citado para pagar las multas, ignoro á cuanto ascenderán fijamente, y por esto no he entregado aun para los presos políticos la cantidad que me quede de las "tres mil pesetas" por que fué abierta la suscripción.



De cómo un aprendiz de tipógrafo se hizo socialista

II

Las ideas religiosas, políticas y sociales de un individuo de doce años

Por la facilidad con que me trasladé de la Escuela Pía á una de protestantes, se habrá colegido que no estaba muy arraigada en mi espíritu la fe católica, y como este traslado no le derogaron mis padres, y sólo me valió un energético «¿quién eres tú, mocoso, para, sin más ni más...?», el discreto lector encontrará que en mi familia la libertad religiosa era amplísima.

Presumé que mi pobre madre, teniendo que bajar al río, que atender la casa y la portería y cuidar de los arrapiezos, dispondría de muy poco tiempo que emplear en el complicado negocio de la salvación eterna, y cuanto á mi padre, sépase que era federal, de aquellos obreros madrileños que anduvieron en trifulcas para que prevaleciese el ideal vago é incoherente que sentían. Unos ignorantes é inconscientes, que diría cualquier intelectual de riñón bien cubierto, que se jugaban la vida por la libertad de imprenta—por ejemplo—y acaso no sabían leer.

Cuando mi padre «tenía prisas», contrataba como ayudante á un condiscípulo suyo medio ciego—veterano condecorado de la guerra de Africa—que ganaba su vida limpiando botas en la Puerta del Sol ante el viejo café Imperial. Era este ayudante hombre descreído—tanto, que acabó eliminándose de la vida «con el frívolo pretexto» de que eran muchos los días que pasaba sin comer—y no carecía de cultura, sin duda porque fué encuadernador hasta que una enfermedad y los médicos le dejaron inútil ó poco menos.

La idea de la república federal no le entusiasmas:ba, y más de una vez le oí decir: «Aquí no ha habido más que un hombre de verdad, Sixto Cámara. Ese iba derecho, porque mientras haya pobres muy pobres y ricos muy ricos, esto anlará mal.» En materias religio-

sas opinaba que «la gloria y el infierno están en este bajo mundo, con la diferencia de que siendo la gloria para el que tiene y el infierno para el que no tiene, resulta generalmente la primera recompensa del malo y el segundo castigo del bueno.»

Resultado: que á los doce años yo era republicano, que en materias religiosas opinaba como el ayudante de mi padre—y de nuestra pitanza también—y que en asuntos sociales pensaba, desde luego, que las cosas no estaban bien arregladas.

En este último punto mi opinión era también producto de la observación personal.

Como ya he dicho, en la Escuela Pía gané premios, mas no recuerdo en qué clase vi que tres ó cuatro chicos de regular indumentaria y menos aplicados que yo—¡perdón por la inmodestia!—además del papel impreso en purpura les regalaba «el padre» un bello libro de cuentos con estampas en colores, y aunque apreté de firme por el incentivo de llevarme uno de los libros que el sacerdote guardaba en la alacena, tuve siempre que contentarme con el minúsculo diploma.

Además yo hubiese querido estudiar, «aprender una carrera», y esto no era posible, porque tales lujos ni eran ni son para los pobres.

Del mismo modo me parecía muy mal que sólo el que tuviese dinero pudiera disfrutar de los libros que yo veía en los escaparates.

Y, sobre todo, al poco tiempo de ir á la imprenta yo no acertaba á explicarme satisfactoriamente por qué otros chicos como yo dormían á la hora de ir al trabajo, y jugaban en tanto yo estaba encerrado. (Para vergüenza mía y honor de la verdad, he de añadir que esta parte del juego procuraba remediarla «eternizándome» en los recados, y algunas veces faltando al trabajo medio día y aun todo el día).

Era republicano, como digo, y, sin embargo, al cumplir los once años claudiqué, siendo lo peor que claudiqué sin provecho, aunque con remordimiento.

En los primeros días de Enero de 1875 murió mi padre, esto es, á poco de proclamado Alfonso XII rey de España. En la casa había y hay un fotógrafo, que inmediatamente reprodujo retratos del nuevo soberano, barbilampión aún y vestido de capitán general. Este fotógrafo me propuso que vendiese los retratos por los cafés de la Puerta del Sol, á razón de tres reales uno, quedándome con la tercera parte del importe total de la venta.

Confusamente sentí que aquello no cuadraba con «mis firmes convicciones republicanas»; pero como en casa no lo pasábamos nada bien, á pesar del auxilio generoso de los vecinos y de la familia, y como yo llevaba mucho tiempo sin poder comprar en el callejón de San Alberto ni una mala historia de dos pliegos—cuatro cuartos—acepté el negocio, y una noche salí á recorrer los cafés provisto de dos ó tres docenas de fotografías.

Mesa por mesa corrí los cuatro ó cinco de la Puerta del Sol, y, ó porque no nací para el comercio, ó porque los parroquianos no eran monárquicos fervorosos, volví á casa con una regular cantidad de terrones de azúcar y las

fotografías intactas. ¡Ni una vendí, y aunque quizá debiera callarlo para realzar el rigor de mis convicciones, aña diré que volví triste!

Triste y también angustiado, porque de nno de los cafés me expulsaron, deprimiendo mi candor con soeces injurias. Sin duda creyeron que yo era un raterillo...

J. J. MORATO

Un corazón ganado

La señora S..., distinguida y respetable señora de Barcelona, conserva todavía la clásica costumbre que con tanto éxito cultivaron nuestros abuelos, de las tertulias nocturnas. Es esta señora viuda, pasa de los cincuenta y ocho, su cabello es casi blanco, conserva huellas muy visibles de una espléndida hermosura, es religiosa sin afectación ni fanatismos y posee el dinero necesario para vivir con comodidad y desahogo. Sus contertulios son pocos; dos señoras de la vecindad, una de ellas muy devota; un militar retirado, que fué amigo de su esposo; el capellán de un colegio monjil aristocrático y un humilde servidor de ustedes, tratado con mucha deferencia por la señora S..., y *tolerado* solo por los demás por causa de mi apostasía, ideas y escritos.

Claro está que discutimos con frecuencia y que nuestros criterios chocan con frecuencia; pero peleamos con cañas, sin temor á lanzas, unidos por la cortesía y refrenados por el respeto á la señora S..., que no toleraría que en su casa y presencia ninguna controversia degenerara en ataque personal.

—¡Escándalo clerical tenemos!—exclamó la señora deo' a al verme entrar en el comedor hace pocas noches.

—¿En qué lo conoce usted?

—En que trae usted una cara de satisfacción que mete miedo. Usted debiera ser el primero en lamentar las caídas de sus antiguos hermanos...

—Y las lamento, ¡no faltaría más! Mi mayor delicia sería que todos fueran unos ángeles.

—Eso lo dice usted con la boca pequeña, *compañero*—me dijo el capellán dándome una palmada en el hombro.

—Vamos, no nos tenga usted en brasas—añadió la señora S...—y pónganos usted al tanto de la *crónica negra*, como dicen los periódicos de su cuerda.

—Repito, señores, que hoy han sido buenos los frailes, los curas y las monjas...

—¿Está seguro de que no ha habido ningún asesinato, robo ó envenenamiento clerical? ¿Ni siquiera un triste rapto, ni el secuestro de una monjita?—intercaló con ironía el militar retirado, tirándome de la lengua.

—Nada, absolutamente.

—¡Parece imposible!—exclamó con encantadora ingenuidad una de las señoras.

Todos nos reímos de buena gana. Hubo una pausa.

—¿Han leído ustedes—pregunté—el primer número de EL MOTIN de este año?

—¡Fray Gerundio!—dijo la señora S... con cierto aire ofendido.—Ya sabe usted que en mi casa no entran

tales publicaciones. Ni el primero, ni el cuarto, ni ninguno.

—¿Pues qué dice?—preguntaron todos.

—Alguna atrocidad de Nakens—dijo el capellán.

—¿Me prometen ustedes estar callados un cuarto de hora?

—Prometido.

—Pues escuchen.

Y les leí de un tirón las escenas conmovedoras del tormento de D.^a María de Carlos. Al principio, una sonrisilla irónica se dibujaba en los labios de mis oyentes; después los rostros se pusieron serios; una de las señoras dió un largo suspiro, la otra miraba á la alfombra con las cejas fruncidas; la mirada noble y franca del militar seguía con interés todos mis gestos; la señora S... se llevó dos ó tres veces el pañuelo á los ojos con disimulo; el capellán tenía el rostro encendido y se pasaba con frecuencia la mano por la cara.

Cuando terminé la lectura hubo un largo silencio. Dirigí una mirada interrogativa á mis oyentes.

—¡Eso es horrible!

—¡Pobre mujer!

—Se necesita tener un corazón de piedra.

—¿Será cierto todo eso?

—Abusos y errores de la época—decía el capellán, no sabiendo por donde escapar.

—No, querido *pater*: la Inquisición obraba abusivamente, eso sí, y me complazco en que usted lo reconozca, pero con pleno conocimiento de la maldad que ejecutaba y de los males que producía.

—Quizás los inquisidores obraban de buena fe; se encontraron el tribunal instituido así, y creían realizar una obra meritoria purificando la fe.

—¿Con sangre y hogueras? No, amigo; el cristianismo se fundó bajo la base del amor y de la caridad; para el pecador, para el extraviado en el error, el Evangelio no ha dejado más que dos armas: la misericordia y la predicación de la verdad. Esas fueron las que usó Cristo, y esas las que confió á sus apóstoles cuando les confió que predicaran su doctrina por el mundo. No les dijo: «Matad, despedazad, quemad á los que os recusen, á los que rechacen mi Evangelio.» Si Cristo y sus discípulos hubieran recorrido la Judea con la espada y la tea en la mano, su misión hubiera sido muy breve y hoy la humanidad no se acordaría de ellos sino para execrarlos.

—¿Y qué hubiera sido de la fe, de nuestra religión, sin la tutela y el celo de este tribunal?

—¡Ah! ¿Es que la religión cristiana fundada por Dios, y á la cual está prometida la asistencia continua del Espíritu Santo, y una vida perdurable, necesitaba la salvaguardia de las cárceles y los patíbulos para no extinguirse? ¡Pues medrados estamos! ¿No encierra otros auxilios, otras gracias, otra providencia divina que la cadena y el tormento para crearse prosélitos? Pues entonces reconozcamos que es una institución humana como las demás, y apresurémonos á despojarla de todo carácter divino.

—Y *humano*—añadió el militar—por que esos tormentos y castigos por faltas internas y de conciencia repugnan

á la naturaleza, á todo el que tenga sensibilidad, y no sea una hiena.

—Y aquellos hombres decían misa, y confesaban y comulgaban!—decía una señora.

—Y muchos de ellos están en los altares.

—¿También santos?

—También.

—Su vida y virtudes les granjeó honor tan insigne,—decía el clérigo.

—¿Matan lo y atormentan lo?

—No eran ellos; eran las leyes y ordenanzas del Santo Oficio, que ellos debían cumplir.

—¿Y su corazón, su inteligencia, su mismo espíritu religioso no les dictaba que aquello no era lícito, humano, honrado, ni siquiera cristiano?

—La Iglesia lo mandaba y autorizaba, y ellos salvaban su responsabilidad, obedeciendo á la Iglesia.

—Aquí quería yo traerle á usted. ¿Luego era la Iglesia la autora, inspiradora, fautora y ordenadora de tantas infamias y crímenes? ¿Quién la lava de tanta sangre vertida por su culpa?

—Tenía que velar por el tesoro de la fe que le confió Cristo.

—Pero no podía hacerlo disponiendo de las vidas, honras y haciendas de los cristianos. Debía procurar la conversión del hereje, pero no matarlo; conquistar al pagano, pero no reducirlo á cenizas; apartar de su seno y comunión al corrompido, pero no exterminarlo. ¿Dónde están los poderes que tiene la Iglesia para obrar así? ¿Por qué no los exhibe?..

El capellán murmuró no sé qué entre dientes y calló. La señora S... se levantó dando por terminada la tertulia. Al despedirnos observé que me oprimía la mano con cierto calor, y me dijo:

—Déjeme usted ese número de EL MOTIN.

Y se lo di.

Creo que hemos *ganado* para la verdad un *buen corazón*.

FRAY GERUNDIO

La lámina de hoy

El hermoso cuadro del célebre pintor J. P. Laurent, presentado en el Salón París en 1911, no parece sino que ha sido inspirado en el Auto de fe que publicaremos en el próximo número, y que no ha ido en este, por estar ya a'ustado y compuesto el del horrible tormento que insertamos.

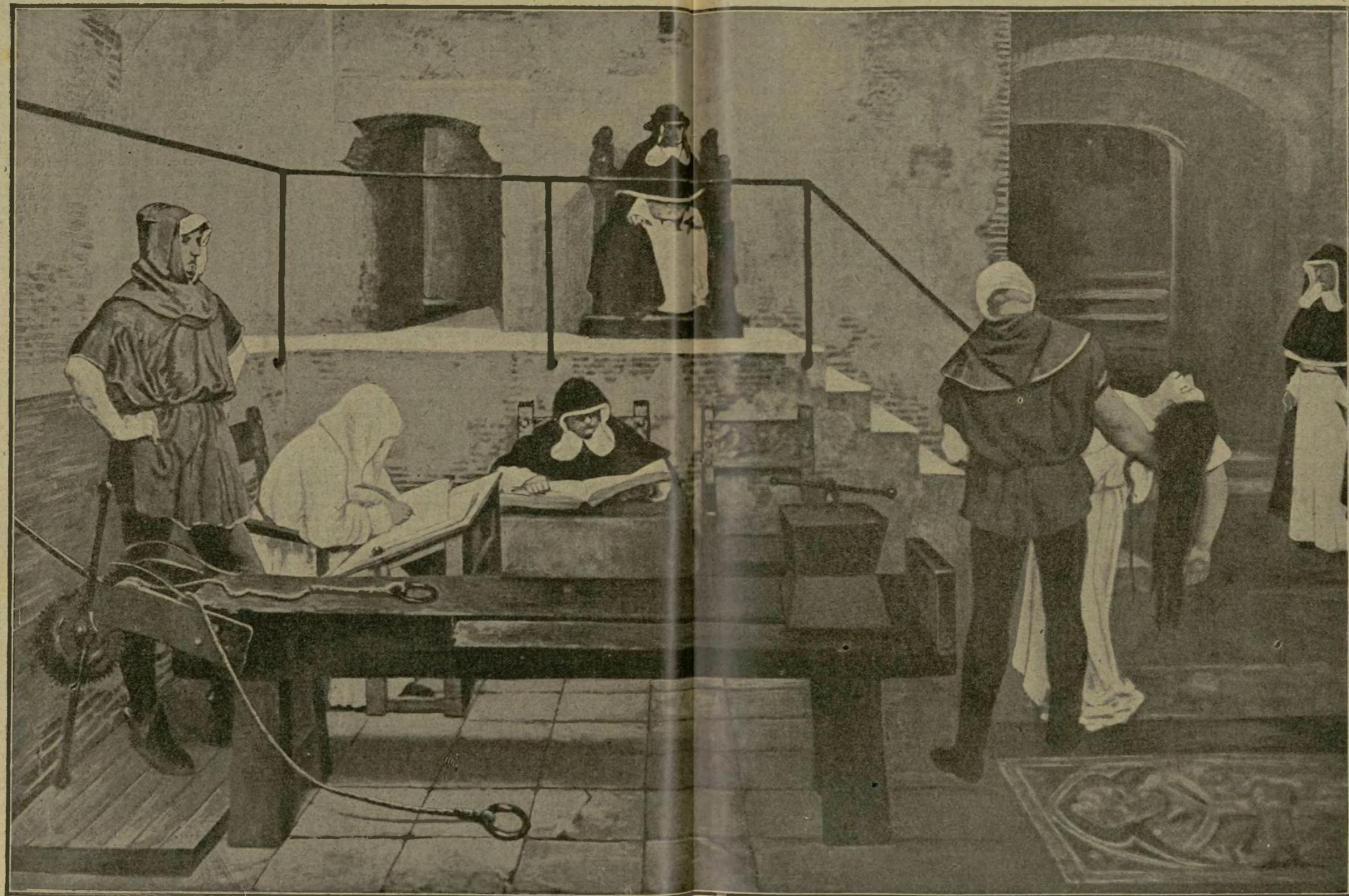
“LA SOTANA,”

Ese título lleva el nuevo periódico anticlerical fundado por el conocido periodista y convencido librepensador Angel de Miguel, para luchar en pro de los ideales redentores.

Le deseamos todo el éxito que por sus excelentes propósitos merece y que tenga pocos tropiezos, ó ninguno.

Se vende el número á cinco céntimos y la redacción y administración están instaladas en la calle de Blasco de Garay, 7.

EL MOTIN



EL TORMENTO DEL POTRO

Celebre cuadro del pintor Laurent,
presentado en el Salon Paris en 1911

Ayuntamiento de Madrid

Hechos de la Iglesia

Una madre cristiana en las garras de la Iglesia

PARA LAS MUJERES ESPAÑOLAS

La niña Teodora, de seis años, y su hermanito Leonardo, de cuatro, eran las delicias de sus padres, tíos y abuelos. Vivían en Salamanca en casa del Tapicero del Rey, frente á Santa María de los Caballeros, y pasaban algunas temporadas en Ciudad Rodrigo.

El marido era italiano y médico.

La familia de la mujer era de menestrales comerciantes. En aquel hogar la alegría de aquellos angelitos contrastaba con la profunda tristeza de los mayores.

Sobre ellos había caído la mirada del Angel del Exterminio: la Iglesia. Hoy llegaba la noticia de haber sido apresado un tío; á los pocos días un primo; unos pocos más tarde la familia entera de otro pariente; las cárceles de la Inquisición iban tragando personas, en tanto que el fisco iba tragando haciendas.

¡Qué sobresalto el de aquellos seres!...

¡Siempre en agonía! Cada día podía ser el último de su libertad. Cada beso podía ser la despedida del hijo. Cada abrazo del marido podía ser cita para la hoguera... ¡Qué digo!, la muerte de dos seres que se aman abrazados en la hoguera, habría sido piadosa; la Iglesia conocía esta piedad y por esto la negaba...

El 1.º de Septiembre de 1608, llegó á Ciudad Rodrigo un personaje forastero: uno de esos cofrades mayores, de puñal y de escapulario: era *Familiar del Santo Oficio*. Presentóse acompañado de los alguaciles al domicilio de Isabel: llevaba orden de prenderla.

Los hijos fueron arrancados violentamente de sus brazos; fué encerrada provisionalmente en la cárcel de la ciudad. Momentos después se hacía almoneda de algunos de sus bienes; el recaudador de la Inquisición recogía los dineros de las ventas; con ellos fué á la cárcel.

La presa había de ser trasladada á Valladolid; los familiares, mozos de las más vistosas familias, se disputaban el honor de atarla y de llevarla. Llevar presa á una mujer joven y con el poderío del Santo Oficio ¿qué beato resiste la tentación? ¡Cuánto celo y cuántos celos estallan!...

El elegido fué uno de Llerena: Alonso de Miranda Maldonado.

Pero no servía á Dios gratuitamente. Por este servicio cobró 40 ducados en reales de plata para entregarlos con el petate de la ropa al alcaide, y 251 reales por sus salarios y gastos de viaje de su persona y de la persona de las cabalgaduras. Procedían de la almoneda.

Siete meses estuvo en la cárcel; y una santa debió ser y muy grata á los inquisidores, cuando en 1.º de Abril del año siguiente le dieron libertad con restitución de bienes, descontados los gastos de las cabalgaduras y demás que al Santo Oficio se le antojó poner en cuenta.

Sus veinticuatro años pasaron y fué ajándose su rostro. ¡Los años y las penas!... Las penas de ver caer en los pozos negros de la Inquisición á sus parientes... incluso á su marido... ¡Como si les tragase la tierra! ¡Para no verlo quizás más que en el auto de fe, tambaleándose por el quebranto de los huesos, corroído por los sufrimientos, por el hambre y por todas las miserias!...

¡Pobre mujer!

¡Cuáles y cuántas serían sus oraciones! ¡Cuáles y cuántas las oraciones de sus hijitos!

Llegó á los treinta y seis años; su marido había ya muerto.

Sus hermanos, preso el uno en Llerena, otro en Toledo, otra... no se sabía dónde... ¡Si hubiesen muerto siquiera!... La vida del sepulcro es tolerable; pero la vida en la Inquisición es la muerte atroz y desesperante.

¿Cuál era su delito?

Veámoslo. En su casa se lavaba la carne con varias aguas; alguna vez se la vió orar en las ventanas de su casa, que daban á Oriente y á Poniente... oraba en todas partes; pero alguna vez oró en la ventana de Oriente; á veces se lavó las manos después de orar, pero alguna vez alguien la vió lavárselas antes. No iba por las calles comiendo tocino; algún viernes barrió la casa de fuera adentro; limpiaba los candiles poniendo torcidas nuevas y pedía á Dios la librase de los enemigos y la llevase á tierras donde los cristianos no fuesen tigres. Algún sábado se puso camisa limpia y rezaba como todos los días; confesaba una vez al año; tenía en su casa un carnero de plata esmaltado de oro y llevaba de dije un caballero de oro con lanza.

Todas estas historias llegaron á noticia de la Santa Iglesia, y por ello, y en nombre del Padre Santo de Roma y de Su Majestad Católica, fué de nuevo apresada en 1521 y encerrada en la Inquisición de Llerena.

La Santa Madre Iglesia estaba representada en este bautizo solemne por los reverendos Martín Carrillo, Martín Alonso Adán, Fray Gibbs, delegado del obispo de Ciudad Rodrigo, el alcaide de Real orden y el Juez de bienes de aquella santa ciudad.

El día 20 de Octubre de aquel año, este respetable cabildo acordó y votó someter á Isabel Núñez al tormento, para que confesara que todos aquellos actos suyos eran crímenes enormes que

habían ofendido al Buen Jesús y á la Santísima Virgen, y deshonrado á la Santa Iglesia Romana, por lo cual todos sus bienes que no hubiese dado á frailes y curas pasaban á ser del Santo Oficio, ella condenada á muerte, sus hijos infamados y maldecida su memoria, y además había de confesar que tenía cómplices de estos crímenes, sobre todo sus hijos, para que aquellos prelados tuviesen pretexto de prenderlos y hacer con ellos lo hecho con la madre.

Leyósele este voto de estos prelados; pero Isabel, en vez de concederles esta satisfacción tan católica, se empeñó en decir que sus acciones no eran crímenes, sino virtudes; que el crimen estaba en tomar pretexto de ello para robar y matar á una familia; y como esta verdad no era la que buscaban los prelados, decidieron meterle sus mentiras dentro del cuerpo á fuerza de torturas para que ella las vomitara como verdades.

Y á renglón seguido, *habiéndole invocado el nombre de Cristo*, y emplazándole á que fuese testigo de estas escenas, y haciéndole responsable de lo que ocurriese, FALLARON fuese puesta «á cuestión de tormento, en el que perseverare tanto tiempo cuanto bien visto les fuese», «con protestación de que si en dicho tormento muriese ó fuese lisiada ó se le siguiese efusión de sangre ó mutilación de miembro, sea á su culpa y cargo y no á la nuestra.»

¿A quiénes culparemos los hombres del siglo xx, á Isabel Núñez, á los Jueces ó al Cristo invocado allí presente y conjurado?

Y ahora cedamos la palabra al Notario católico apostólico, que nos va á decir á su modo la *Verdad* de lo ocurrido.

Acta oficial y notarial del tormento cruelísimo

aplicado á D.ª Isabel Núñez, de Salamanca, en la Inquisición de Llerena, el día 20 de Octubre de 1521, ante los reverendísimos presbíteros, frailes y congregantes inquisidores, por el delito de mudarse la camisa en viernes y barrer la casa de fuera adentro (1).

«Y la fué notificada esta sentencia por los dichos inquisidores, y dijo la dicha Isabel Núñez que ella ha dicho la verdad y que no tiene que decir, y por tanto, amonestada, fué mandada llevar á la Cámara del Tormento donde fue-

(1) Extractados los datos y copiadas las actas de los procesos originales. *Archivo Histórico Nacional*. Inquisición de Toledo. Legajo 170, número 610. Cuatro volúmenes conteniendo los seis procesos. Proceso segundo, folios 191 al 194.

ron los señores inquisidores y ordinario; ya estando en ella, que sería cuando se comienza esta diligencia, á las nueve de la mañana poco más ó menos.

Fué amonestado que diga la verdad y no se quiera ver en tanto trabajo, y estando en ella, dijo que dicha tiene la verdad.

E luego fué mandada que se desnude y que diga la verdad, y no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo que ella ha dicho la verdad y que es buena cristiana y siempre ha sido, y que todo lo que le ha puesto aquel traidor ha sido falsedad y mentira; y se comenzó á desnudar.

E luego fué mandado entrar el ministro y que la acabó de desnudar, y habiéndolo entrado, y amonestado que diga la verdad, la comenzó á desnudar y le puso los callones. Dijo: «¡Cristo Santísimo de Salamanca, acúdeme! ¡Cristo Santísimo de las Batallas! ¡Virgen del Espíritu Santo, acúdeme!»

E luego fué sentada en la silla y amonestado que diga la verdad. Dijo que ya la tiene dicha y que es buena cristiana, y que le levantan testimonio y que es buena cristiana, y que haga su señoría lo que quiera, que allí la tienen, y comenzó á dar grandes gritos.

E luego fué ligada las piernas á un canto de la silla y puesta la cincha. Dijo á gritos: «¡Que me matan! ¡Que me muero aquí á lenta muerte!»

Amonestado que diga la verdad, dijo que la verdad dicha está.

E luego le fueron atadas las manos y dijo: «¡Que permitan que á una pobre viuda hagan esto! ¡Más pasó Dios!»

E luego le fueron puestos los cordeles en los brazos y amonestado que diga la verdad. Dijo que no tiene que decir.

E luego la fué mandada dar una vuelta y amonestado que diga la verdad, y estándola apretando la primera vuelta, dijo: «¡Apretad! ¡Cristo es mi padre!», y luego calló. Y después comenzó á dar gritos diciendo que se le arrancaba el alma y que Cristo era su padre.

E luego fué mandado dar la segunda vuelta; y apreta la y amonestado, dijo: «¡Cristo es mi padre, y mi Señor y mi Criador! Y á grandes gritos: ¡Cristo mío de San Francisco, que me quitan el hueso de la garganta! ¡Dicha está la verdad, ya está dicha, ya está dicha! Y amonestado que diga la verdad, donde no que le darán otra vuelta, dijo: «¡Ya está dicha, ya está dicha!»

E luego fué mandada dar la tercera vuelta y apretarla, y amonestado, dijo: «¡Ya está dicha! Mas que me maten, ¿qué se me da á mí? ¡Ya está dicha la verdad! ¡Ay!»... Y luego se sosegó y dijo: «¡Que me muero!» Y amonestado que diga la verdad, dijo: «¿Quieren ustas que mienta? Ya tengo dicha la verdad; no tengo que decir».

E luego fué mandada dar la cuarta vuelta y apretarla, y amonestado que diga la verdad, dijo: «Dicha está la verdad. ¿Qué ha de ser esto? ¡Morir! Dicha está la verdad!»

Hablando dicho al ministro que aprieta, dijo: «¡Eso le falta, que no aprieta!» Y amonestado que diga la verdad, dijo: «Dicha está»; y amonestado que diga la verdad, si no se mandaría dar otra vuelta, dijo: «Dicha está. ¡Que me muero! ¡Que me acabo! Dicha está.»

E luego fué mandada dar la quinta vuelta y apretarla, y á esto dijo: «Eso

juro yo, que la aprieta. ¡Apretad, hermano, que no apretáis nada! ¡Cuidadito de los que no habéis almorzado y no hacéis fuerza! ¡San Francisco mío! ¡San Francisco mío! Ya he dicho la verdad; no tengo que decir. ¡Ya la sangre berbereal ¡véla, véla!»

E luego fué mandada dar y apretar la sexta vuelta, y amonestado que diga la verdad, dijo: «Dicha está, y calló por un rato.»

Y diciéndole que diga la verdad, dijo: «Dicha está». Volvió á callar, y amonestado que diga la verdad, donde no que la pongan en el potro, dijo: «¡Ay, Cristo mío!»

De la silla al potro.—E fué mandada quitar de la silla y poner en el potro y amonestado que diga la verdad, dijo: «Dicha está».

E luego fué mandada poner en el potro, y estando puesta, queriéndole poner la cabeza en las tablas, dijo: «No llegáis, hermano, á la cabeza, dejadla»; y amonestado que diga la verdad, dijo: «En todo dicha está; está aquí el Cristo santísimo que me ha de favorecer».

E luego fué atados los muslos y las piernas, y dijo: «¡La Virgen Santísima era su preciosísima hija! ¡Yo la veol! ¡Me ayuda y está conmigo en esta aflicción!» Y se le pusieron los garrotes y le fueron atados con tres cordeles los dedos pulgares de los pies; á las manos y atados los brazos, fué amonestado que diga la verdad y no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo: «Dicha está».

E luego fué mandada dar una vuelta al garrote de la mano, digo, del brazo derecho, y amonestado que diga la verdad, dijo: «Dicha está; está la Virgen conmigo».

E luego le fueron apretados los garrotes del otro brazo, de los muslos y espinillas de las piernas y amonestado que diga la verdad, dijo: «Dicha está».

E luego fué mandada apretar los garrotes y amonestado que diga la verdad, dijo: «¡No puedo hablar, señores! ¡Quiero morir por Cristo! Si vuestras señorías me mandaran matar, ya estaría con Dios mi ama y no pasaría esto», y volvió á callar; y amonestado que diga la verdad, siéndole apretadas los garrotes, dijo: «¡Ya sale el alma, ya sale! salga enhorabuena, vaya á gozar de la grandeza de Dios, Cristo y su padre! ¡Oh, perro, enemigo, traidor!» Y amonestado que diga la verdad, dijo: «Dicha está», y amonestado que diga la verdad, si no se mandara dar el tormento de la toca. Dijo: «¡Más que manden!»

E luego fué mandada echar agua en la boca con una toca y amonestado que diga la verdad. Dijo: «¡Muerta estoy, muerta estoy!»

E luego los dichos señores inquisidores y ordinario dijeron que *por ser tarde y por otros reseros* suspendían por el presente el dicho tormento con protostación que le hicieran que no le habían por suficientemente atormentado, y que si no dijese la verdad, reservaban en sí poderlo continuar cada y cuando les pareciese, y así fué mandada quitar y quitada del tormento y llevar á su cárcel.

Esta diligencia se acabó á hora de las once de la mañana antes de medio día y á lo que parecía la dicha Isabel Núñez que iba sana y sin lesión alguna.

Pasó ante mí.—Juan de Liaño Vene-gas—rubricado.

Registro infame

El tormento había sido tal, que los inquisidores quedaron confundidos de verla salir con vida. Ciertamente es uno de los casos más sorprendentes de la resistencia orgánica y de la fuerza de alma de una mujer.

Discutieron los inquisidores sobre la significación del resultado del tormento. ¿Quiénes eran los cómplices de Isabel? ¡Ella lo decía: Cristo y su Madre!

Y los inquisidores llegaron á temer que realmente Dios hubiese tomado parte en el tormento, por alguno de los procedimientos anestésicos que describía Eymereich en el *Manual de inquisidores* que otro día exponeremos: y para cerciorarse de ello hicieron inspeccionar su cuerpo por el alcaide, que certificar no haber observado ninguno de los preservativos del dolor presuntos por los inquisidores.

En vista de ello, en 28 de Abril de 1623 fué puesta en libertad segunda vez como inocente, dejando en la cuenta del nombre de Cristo este suplicio.

Mas la iniquidad no estaba coronada.

Isabel fuese á vivir á Osuna, con su hija Teodora, casada con Simón de Miranda, notario público de la villa, que le puso una tienda de mercería.

Tres años más tarde fué de nuevo arrastrada á la Inquisición de Toledo «por denuncias de Roma» nada menos; esta vez fué arrastrada con ella su hija.

En 31 de Agosto de 1626 entró en la cárcel «al número 33, con seis cuartos diarios de ración; y luego pasó al número 11, con un real diario».

Dos años duró este tercer proceso, del cual salió también absuelta y libertada, y se domicilió en Madrid, viviendo en las calles de San Bernardo y Fuencarral, del negocio de estanco de tabacos.

Veinticinco años pasó esta desdichada hasta que la Santa Iglesia le clavó nuevamente su garra para llevarla á la Inquisición de Cuenca, para donde salió presa y esposada desde Madrid el 20 de Agosto de 1653, con sus ropas, juntamente con su hija, su yerno, y otros parientes, cuya suerte fué parecida á la de Isabel.

Tenía sesenta años; y aunque el rey, el Consejo y el Papa hacían y han hecho creer al mundo que no se aplicaba el tormento á los ancianos de tal edad, dejándolo aparte otros horrores de este inicuo y desalmado proceso, he aquí el nuevo tormento que se le aplicó estando presentes los R. dmos. é Ilmos. señores Gonzalo Bravo Grajera del Consejo de su Majestad, y el delegado del arzobispo de Toledo, invocando para testigo de esta ilegalidad y atrocidad el nombre de Cristo.

Segundo Tormento)

aplicado á la misma Isabel Núñez siendo ya de sesenta años de edad en la Inquisición de Cuenca, el día 17 de Mayo de 1654 (1).

Suprimimos los consabidos prólogos de lectura de sentencia etc. Hasta entrar en la Cámara del Tormento.

(1) Tercer Proceso: folio 79, votos: folio 82, sentencia: folios 83 al 85 acta del tormento.—Archivo Histórico Nacional. Proceso citado.

Habla el notario:
«Entró el ministro y juró hacer bien su oficio y guardar secreto.

Fuésle dicho que diga la verdad, si no se la mandará desnudar. Dijo: «Dicha la tengo, señores inquisidores; tanto da que me maten: una pobre vieja soy».

Fuésle mandada desnudar y se desnudó. Y le fué dicho: diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo: «Que está averiguado en Madrid y aquí consta lo mismo: son mis enemigos y quieren estos señores matarme; más pasó nuestro Señor Jesucristo por nosotros».

Fuésle dicho que diga la verdad, donde no se mandará sentar en el potro. Dijo: «Ya está dicha.»

En el potro.—Fuésle mandada poner y puesta en el potro.

Fuésle dicho diga la verdad ó se mandará ligar el cuerpo, y empezósese á ligar y ligó. Dijo: «¡Una pobre vieja no es lástima ponerla en esto, Virgen y Madre de Dios en quien yo confío!» Rezó entre sí.

Fuésle dicho ¿qué rezaba? Dijo: «Que el Ave María», y empezó á decírla en tono bajo.

Fuésle dicho diga la verdad, ó se mandará ligar los pies; empezósese á ligar y ligó el pie derecho. Dijo: «¡Hermano, no haga eso, que me quiebra el pie!»;

La infeliz anciana había quedado con figura bastante atroz para no levantar las protestas del público. Por esto fué una de las víctimas que salieron al Auto público de fe, y en el cadalso oyó la infame sentencia tejida de iniquidades.

Lo increíble

Todo esto es infame: pero hay otra infamia mayor.

Los prelados de la Santa Iglesia le cobraron el trabajo de destruirla en la cuenta que sigue, y que es una revelación sensacional como la que más. Hállase al folio 94 de este tercer proceso, con estas partidas:

«Al verdugo que la atormentó, 220 reales.

Al cirujano que la curó del tormento, 110.

De las medicinas para curarla, 60.

Para gastos del tribunal y premio de los inquisidores, 5.500.»

|||||

¿Cabe más en el salvajismo humano?

Sí, sí; cabe más... y es lo siguiente, que sería increíble, que no creéramos si no hubiésemos tenido en nuestras manos los documentos originales, con los sellos intactos, con las firmas limpiísimas. Y es lo siguiente, que se halla en el 5.º proceso, folio 158.

Tercer Tormento

Aplicado á la misma Isabel Núñez siendo de edad de 72 años en la Inquisición de Cuenca, el 17 de Mayo de 1654.

Omitimos las diligencias formularias de notificación de votos y sentencia, etc. Habla el notario:

«Y con tanto fué mandada llevar á la Cámara del Tormento, á donde fueron los dichos señores inquisidores; y estando en ella fué amonestada que diga

la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo que ya la tiene dicha y no me tiene el Señor de nada.

Fuésle dicho que diga la verdad, ó se mandará entrar al ministro. Dijo: «¡Ay señor de mi alma, ya está dicha!» Mandóse entrar y entró el ministro Pedro de Alcalá, y juró de hacer bien su oficio y guardar secreto. Dijo: «¡Que me han de matar, señor, por poquito que sea!»

Fuésle dicho que diga verdad ó se la mandará desnudar. Dijo que ya la tiene dicha, y se le mandó se desnudase y empezósese á desnudar. Dijo: «¡Muy buena, sí; esto me tienen estos señores para tiempo que hace tan frío!»

Y estando desnuda la fué dicho que diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo: «¡Y qué más, ya estoy aquí, ya está dicha, no hay sino morir!»

Fuésle dicho que diga la verdad, ó se mandará poner en el potro. Dijo: «Dicha la tengo.» Mandóse poner y fué puesta en el potro.

Fuésle dicho que diga la verdad ó se mandará ligar el cuerpo. Dijo: «Dicha la tengo.» Y por haber dicho que tiene quebradas las piernas y los brazos, y que tiene setenta y dos años, se mandó entrar á Cristóbal de Consuegra, cirujano, el cual juró declarar verdad y guardar secreto. Y se le mandó que la viese los brazos y piernas, y habiendo la mirado los brazos y piernas, dijo que bien se le puede dar tormento. Mandóse ligar y ligó el cuerpo. Dijo: «¡Ay, que me falta el guelgo, que me he de morir!»

Fuésle dicho que diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo que cree firmemente como buena cristiana: por ¡aquellas angustias que pasásteis Virgen Santísima!

Fuésle dicho que diga la verdad ó se mandará ligar los brazos. Y empezósese á ligar los brazos del lado izquierdo y se ligó. Dijo: «¡Que he de morir, que tengo setenta y dos años!» Ligóse los brazos del lado derecho. Dijo: «¡Mire hermano mío, qué muertos los brazos! ¡Cristo de las Batallas, acudir, ya estoy muerta, ya se acabó Isabel Núñez! Señor, quédense con Dios; ya me muero; Isabel Núñez ya acabó!»

Fuésle dicho que diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo: «¡Ay, señor, setenta y dos años!»

Fuésle dicho diga la verdad, ó se mandará ligar los pies, y ligósele el pie izquierdo. Dijo el Credo y que creía en Jesucristo, el verdadero Mesías.

Fuésle dicho diga la verdad ó se mandará ligar los brazos, y empezósese á ligar y ligóse del lado izquierdo. Dijo: «¡Señor, que me mata! ¡Cristo mío! ¡Virgen Santísima, al pie de la Cruz con dolores y ansias! Señor inquisidor mayor, ¡qué me muero! ¡hijo mío, que me mata!» Ligósele del lado y brazo derecho. Dijo: «¡Que no me mates, por Jesucristo Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra!»; y dijo el Credo.

Fuésle dicho que diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo: «¡en el Espíritu Santo!... ¡Que me está matando este hombre! ¡ay! ¡que me matáis, mira que estoy muy flaca!»

Fuésle dicho que diga la verdad ó se hará ligar de los molledos de los brazos. Dijo: «¡ay!» Empezósese á ligar, y ligó el molledo derecho. Dijo: «¡Tenga lástima de mí, hermano, que no le he hecho mal!» Empezósese á ligar, y ligó

el molledo izquierdo. Dijo: «¡Ay! ¡que matan, ya estoy muerta!»

Fuésle dicho que diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo: «¡Ya estoy muerta, Jesucristo es mío y la Virgen Santísima!»

Fuésle dicho diga la verdad, ó se mandará dar la primera vuelta de mancuera. Dijo: «¿Señor dónde se da la mancuera? Dijo: ¡Ay, ay que me quiebran!»

Fuésle dicho diga la verdad. Dijo: «Ya está dicha, que me quiebran, ¡ay! y calló. ¡Me muero, señores; tengan lástima de mí!»

Fuésle dicho diga la verdad. Dijo: «Dicha está.»

Mandóse afianzar las vueltas, y se afianzó. Dijo: Hermano mío, dicha está ya. ¡ya estoy muerta, y esto se acabó! ¿Aún hay más tormento? ¡Venga la muerte, no me la enviasteis cuando estuve tan mala! ¿No tiene lástima, señor inquisidor, de una pobre vieja que es tan inocente?»

Fuésle dicho que diga la verdad no se quiera ver en tanto trabajo; donde no, se la mandará dar la primera vuelta de trampazo.

Primera vuelta de trampazo.—Y se le dió en el pie derecho. Dijo: «¡Que me quiebra la pierna, hermano! ¿qué malos he hecho yo? Y se le dió en el pie izquierdo. Dijo: «¡Que me quiebra la pierna! La verdad está dicha, no hay otra alguna, ¡Cristo mío, vos sois el mesías prometido!... Creo en la Santa Iglesia Romana!»

Fuésle dicho que diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo: «Dicha está: estamos aquí en el Japón que matan á los cristianos; son mis enemigos» y dijo algunas palabras del Credo.

Fuésle dicho diga la verdad, donde no, se mandará dar la segunda vuelta de mancuera. Dijo: «ya está dicha.»

Mandóse dar la segunda vuelta de mancuera y se le dió y apretó. Dijo: «¡Bueno está, hijo mío que me quiebra el brazo! ¡Cristo mío! ¡ay, ay! y calló».

Fuésle dicho diga la verdad no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo: «Mucho es esto; hiciéronle más á nuestro Señor Jesucristo; hacen más en el Japón. Mande usia echar una en la garganta que concluya conmigo».

Fuésle mandado afianzar la vuelta segunda y se afianzó.

Fuésle dicho diga la verdad, donde no se mandará dar los garrotes en los molledos de los brazos. Dijo: «Ya he dicho la verdad; mándenme quitar de aquí; creo en nuestro Señor Jesucristo bien y verdaderamente».

Fuésle mandado apretar el garrote del brazo derecho. Dijo: «¡Ay, Señor, que me muero! ¡Señor, tantos males!»

Fuésle dicho que diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo: «Ya ya la tengo dicha.»

Fuésle mandado apretar el garrote del molledo izquierdo, y se apretó. Dijo: «¡Domingo por la mañana, mira qué almuerzo! ¡á nuestro Señor Jesucristo no le hicieron tanto.»

Fuésle dicho que diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo. Dijo: «¡Ya la he dicho!»

Fuésle dicho diga la verdad, ó se mandará dar la tercera vuelta de mancuera. «¿Aún hay más? ¡Válgame Dios en los días de mi vida pasó tanto!»

Fuésle mandada poner la vuelta, y puesta, le fué dicho diga la verdad, ó se

mandará apretar la vuelta. Dijo: «Ya la tengo dicha».

Fués dicho diga la verdad, ó donde no, se la mandará apretar. Dijo: «¡Dicha está, dicha está».

Y se mandó apretar y apretó la tercera vuelta, y estándose apretando la fué dicho que diga la verdad y dijo: «¡Ya la he dicho!»

Y luego los dichos señores inquisidores dijeron que por ser tarde y otros respetos suspendían el tormento por el presente, con protestación que no le habían por suficientemente atormentada, y que si no dijese lo verdad se reservaban el poderlo continuar cuando les pareciese; y así fué mandada quitar y quitada del dicho tormento y llevada á su cárcel, y esta diligencia se acabó á las diez y media de la mañana, y á lo que pareció, la dicha Isabel Núñez quedó sana y sin lesión.—Ante mí, D. Francisco Angel de Ibarreta—rubricado.

Término del Calvario

Todavía salió de este proceso, y todavía se le formó otro nuevo en Toledo que duró otros cinco años. ¡Seis procesos inquisitoriales!

Nuevamente salió al Auto esta desgraciada, sacada para ello de la cama del Hospital, y volviendo á ella al salir del Auto, donde recogió las pedradas, insultos, bafas y escarnios de la *grey católica*, y los *méritos* y sentencias de los Pastores, el 5 de Septiembre de 1669, con un año de cárcel y confiscación de la mitad de sus bienes.

No hubo necesidad del séptimo proceso; la muerte puso fin á la *misericordia inagotable* de la Iglesia.

El secretario de la Inquisición Diego Ximénez, en la inspección de la cárcel, «en un aposento que está á mano izquierda, en el primer corredor, halló una mujer muerta.» La reconoció por ser Isabel Núñez. Esto ocurrió el 20 de Febrero de 1670.

Descendientes de Isabel Núñez; tened memoria.

¿Quién paga esta cuenta que está sin saldar?

«¡La sangre de Abel clama venganza!»
Ad Majorem Dei Gloriam



CIVILIZADORES

PASCAL

Nació este hombre bueno en Enero de 1623. Murió treinta y nueve años más tarde, rendido del enorme trabajo con ilustrara su vida.

Fués ésta fecunda para el progreso del espíritu humano. En geometría y matemáticas, Pascal abrió nuevos y amplios horizontes; en física realizó descubrimientos trascendentales, y por sus observaciones y experiencias, hipótesis muy discutidas se convirtieron en leyes, y por ende en verdades. Pensador de altos vuelos, la filosofía le considera como uno de sus luminaires; moralista, la rectitud y el bien fueron su norma.

Sinceramente religioso, austero y justo, encontró repugnantes para su conciencia las prácticas de la Compañía de Jesús, y la asestó golpe formidable en sus *Cortas provinciales*, por lo demás monumento literario del idioma francés.

Algún daño le ocasionó esta conducta; mas no mucho, porque cortas sus necesidades y reñido á muerte con la vana apariencia, no pudo el enemigo mermarle riquezas que ni poseía ni apetecía, ni privarle de honores y posiciones cuya existencia ignoraba. ¡El hombre de verdadero mérito, salvo en su persona material, es invulnerable! ¿Cómo privar de nada al que nada tiene ni quiere nada?...

Modesto, laborioso, honrado, leal, sincero, este hombre honra al linaje humano. ¡Tan modesto fué que hasta después de su muerte no se publicaron sus bellos *Pensamientos*!

En trabajar por la verdad y por el progreso en todos los órdenes del pensamiento pocos le igualaron; menos aún le superaron.

Por esto y también porque combatió la hipocresía y la mentira encarnadas en el jesuitismo, merece nuestro recuerdo.

LAZARILLO



El Pontificado y el Imperio

A la lucha entre Enrique IV, emperador de Alemania y el papa Gregorio VII, se ha llamado la guerra de las investiduras. Verdaderamente la investidura no fué más que la ocasión de la larga guerra en la Edad Media entre el imperio y el sacerdocio, porque en el fondo se trataba nada menos que de la existencia del poder civil.

¿Qué pensaba el autor del celibato eclesiástico, Gregorio VII, del poder civil? ¿Cuál es el papel que señalaba al Estado?

«Los reyes y los príncipes, dice, deben su origen á los hombres que, desconociendo á Dios y dominados por el demonio, trataron de tiranizar á sus semejantes, guiados por una ciega ambición y por una altanería intolerable. Los medios por los cuales consiguen su objeto son: la rapiña, la perfidia, el homicidio y todos los crímenes imaginables. ¡Y son esos hombres manchados los que pretenden abatir á sus pies á los ungidos del Señor! Esa pretensión trae á la memoria al que es príncipe del orgullo, al que tentó al Hijo de Dios prometiéndole todos los reinos de la tierra. Y una dignidad inventada por hombres que desconocen á Dios, ¡ha de estar sometida á una dignidad que la Providencia ha instituido para su honor y que ha dado al mundo en medio de su misericordia?»

Posteriormente, en tiempos de Ino-

cencio IV, el emperador Federico II dió la voz de alarma á todos los príncipes, en esta forma:

«La ambición de Roma les amenaza á todos; cuando arde la casa del vecino, no es sólo de su interés, sino del tuyo el apagar el fuego. Si el soberano pontífice puede deponer al emperador, también puede deponer á los reyes. ¡Que el ejemplo de la majestad real ultrajada instruya á los monarcas! ¡Que aprendan á conocer á su enemigo! El Papa comienza por nosotros, y si consigue abatir nuestro poder, pronto dará cuenta de los reyes; es preciso que detengan esas invasiones en su principio, como cuestión de vida para todos.»

Se cuenta, dice un historiador, que Inocencio IV, huyendo Federico II y no encontrando asilo en ninguna parte, exclamó lleno de cólera: «Que así que hubiese aplastado al dragón (el emperador) aplastaría las pequeñas serpientes, esos pequeños rey-zuelos que se atreven á dar coces contra el vicario de Dios.»

El papa y el emperador aspiraban ambos á la monarquía universal. El papa venció al dragón y fué vencido por las pequeñas serpientes.

Aceptando el criterio de Gregorio VII, poco noble y nada esplendoroso y ético es el fundamento de la institución monárquica.

La política de capa y espada

(Continuación.)

La libertad sólo perjudica al error, porque la verdad vive de sí misma; y no es por cierto muy fuerte la que no consiente competencia con otras ideas. Por la sola eficacia de sus verdades la moral cristiana venció á la moral greco latina, y haciendo polvo los ídolos y templos paganos, plantada la cruz sobre las aras de Júpiter y Venus, sentóse al cabo en el sólio de los Césares.

Pero, prescindiendo de esto, ¿qué agravios que enmendar, qué intereses que defender tenía la Iglesia española en los pasados tiempos? Y, sin embargo, cuando el Estado, católico intransigente, perseguía de muerte todo culto diverso; cuando, puesto su brazo al servicio de la fe, peleaba por la exaltación de ella; cuando, entregada á la Iglesia la custodia de los derechos civiles, nadie podía nacer, ni constituir familia, ni morir si no era bajo el sacramento y la fiscalización de la parroquia; cuando el sacerdocio tenía todo lo suyo y mucho de lo del César, y la cruz remataba la corona de la monarquía, el clero, no obstante, revolvíase en la arena política, y era más común que ahora el tipo del prelado guerrillero, y del clérigo de partido, por pura afición á descuidar sus deberes y apropiarse los ajenos en el reino de este mundo, que no es el de Cristo.

Y es fuerza reconocer que en ese punto el clero histórico, lejos de ser más cauto, tiene mucho que envidiar al moderno.

«Esto no quiere decir que el clero an-

tigo fuese más doc'o que el actual (1); sabía más porque la sociedad sabía menos; hoy sucede lo contrario. Por lo demás, era más batallador que sabio y más político que virtuoso.

«Arzobispo de Santiago, báculo y ballesca»; solía el vulgo decir á propósito de aquel D. Diego Gelmírez que tan señalada parte tuvo en las revueltas del reinado de D.^a Urraca, y desde entonces el dicho quedó por refrán para de notar el carácter político belicoso del brazo eclesiástico, porque, efectivamente, así se le vé en los oficios del templo, como en las maquinaciones de la política, como en los campos de batalla, y no ciertamente auxiliando con piadoso Sacramento á los moribundos, sino haciendo moribundos para los Sacramentos, á semejanza de aquel don Juan de Robres, de quien dijo el epigrama que

«Hizo este santo hospital
Y también hizo los pobres.»

En los siete siglos de reconquista, desde el traidor D. Opas, que peleó contra España por los invasores, hasta el franciscano Cisneros, que invadió por España las tierras africanas, no hay quizá prelado de nota que no haya mandado guerreros escuadrones.

El arzobispo de Toledo, D. Martín López, manda tropas en la campaña que precede á la rota de Alarcos. El arzobispo D. Rodrigo y los obispos de Sigüenza, Avila, Oñza, Plasencia, Tarazona, Barcelona y Palencia cooperan á la victoria de las Navas, recorriendo las filas para enardecer, con su voz y ejemplo, á los soldados. Y, por cierto, que en esta guerra el episcopado se mostró más fiero y cruel que el ejército, pues se negó á aceptar la oferta que hacían los defensores de Uheda de entregar la plaza salvando las vidas, y la entró á sangre y á fuego, haciendo horrible matanza en sus habitantes (2).

El mismo D. Rodrigo ganó, por derecho de conquista, el adelantamiento de Cazorla, cargo político militar, que desde entonces corrió anejo á la mitra primada. Los arzobispos de Toledo y de Sevilla concurren á la batalla de Granada, funesta para los cristianos, en los primeros años de Alfonso XI. El célebre D. Gil de Albornoz y otros obispos acompañan al propio rey en la jornada del Salado y le socorren con sus tropas en el cerco y toma de Algeciras. D. Pedro Tenorio entra en

(1) En el siglo XI había clérigos que no sabían los rezos y oficios eclesiásticos, según se infiere de lo dispuesto por el Concilio de Coyanza (Valencia de D. Juan), el cual en su canon quinto, mandó que no fuesen presentados á las órdenes sagradas los que no supieran el salterio, himnos, oraciones y lo demás que pertenece á la liturgia.

En el siglo XV aún duraba este mal: el padre Mariana dice que la ignorancia de los eclesiásticos había llegado entonces á tal punto, «que muy pocos se hallaban que supiesen latín, dados á la guía y deshonestidad, y lo menos mal á las armas.» Y debía ser verdad, cuando el Concilio de Aranda (1473) dispuso que los beneficios curados y las dignidades no se proveyeran en quien no supiese gramática.

(2) Sabau, apoyándose en Ferreras, dice más todavía, y es que, por no haber sido aceptada la capitulación que los obispos rechazaron, el ejército se vió obligado á levantar el sitio y retirarse con tan poco honor como grandes pérdidas.

Portugal con un ejército indisciplinado que comete robos y atropellos de toda especie y en toda clase de personas, á ciencia y paciencia del arzobispo. Don Sancho de Rojas, siendo obispo de Palencia, acompaña al infante D. Fernando de Antequera á la conquista de aquella ciudad. El obispo de Calahorra pelea en las guerras de Aragón, en tiempo de Juan II, y en la de Granada el de Palencia, D. Gutiérrez Toledo, y el de Oñza, D. Juan Cerezo, que se distinguió apoderándose bizarramente del campamento moro. D. Alonso Carrillo lidia también contra Aragón; y en el reinado de los Reyes Católicos el obispo de Avila dirige el asalto de Toro contra los portugueses; D. Luis Osorio, electo de Jaén, es nombrado alcaide de Alhama, por su mucha pericia en achaques de guerra; el cardenal Mendoza, el arzobispo de Sevilla y fray Hernando de Talavera, asisten á la conquista de Málaga y Granada, y Jiménez de Cisneros clava con la pica el estandarte español sobre los muros de Orán. No se cuenta, en fin, que ningún arzobispo de Toledo haya muerto predicando el Evangelio á los musulmanes españoles; si se sabe de uno, don Sancho de Aragón, que perdió la vida combatiéndolos en la jornada de Martos.

EUGENIO SELLÉS

(Continuad.)



Salto atrás

Viendo el desbordamiento clerical que hay actualmente en España, sin razón alguna que lo justifique, pues á la libertad debemos el grado de civilización relativa de que disfrutamos, me he preguntado varias veces:

«Si un día amaneciésemos todos vestidos con el traje apropiado á los gustos é inclinaciones de cada uno, ¿cuáles serían los trajes predominantes?»

¡Inocente de mí, que lo dudo siquiera! Apareceríamos vestidos de frailes, de todos colores y con los parásitos que por clasificación correspondiese á cada tela.

Pues no hay que dudarle; todo lo que pasa actualmente, justifica la teoría del salto atrás. Nuestras honradas bisabuelas debieron distraerse ferozmente con los frailes, y nosotros nos parecemos á nuestros sucios progenitores en gustos y en manera de pensar y sentir.

LABOR INFAME

Con ese mismo título publica este artículo *La Tradición Navarra*, diario católico político de Pamplona:

«Una mano oculta, mano de sectario, mano de protestante anda estos días por Pamplona, pegando en las puertas

y paredes de las casas unos pasquines canallescos, que tienden á desacreditar al clero y hacer odiosa á la Iglesia católica.

Son unos pasquines pequeñitos, de siete centímetros de ancho por cinco de alto, pero más pequeño es aún el corazón de los que subrepticamente los pegan á la pared.

En primer lugar contiene esa venenosa propaganda en forma de máxima un precepto Evangélico, y luego, por contraste, quiere hacer ver que el clero y la Iglesia no se ajustan á lo que dijeron los concilios ni á lo que aconsejaron los apóstoles.

Como se ve, la maniobra es burda y sólo á los ignorantes podrá hacer mella tal anzaga.

Venir ahora á recordar la cantidad que cobra el clero, es una torpeza, porque aun los mismos liberales están conformes en reconocer que cobra poco y mal, porque no hay ya empleado del Estado, á no ser de escalera abajo, que cobre menos de mil pesetas y á los curas rurales se les paga peor que á los porteros de los gobiernos civiles ó de los juzgados.

Sin duda algún pastor anglicano ha metido aquí el hocico y sería bueno descubrir quién es el que va pegando esos indignos pasquines, obra de algún renegado ó de algún Judas.»

Un deber sencillo de conciencia anticlerical, me obliga á decir al periódico que no son los protestantes los autores de esos pasquines, como llama á los *Granitos de Oro*, sino este humilde peador.

No quiero que á nadie se le atribuyan méritos que no tiene.

Opinión autorizada

Vitwoch, el célebre fisiólogo alemán, dijo en el Congreso médico celebrado en Roma, que «el culto es un signo de debilidad intelectual y moral».

Conforme con opinión tan autorizada, por más que me duela reconocer que, por esa teoría, estamos muy débiles en España, moral é intelectualmente, pues no sólo rendimos culto á Dios, sino á los hombres.

¡Y qué hombres á veces! De esos que hacen dudar que Jehová hiciese al primero á su imagen y semejanza.

BIEN MERECIDO

En un papel pedescrito por frailes, y bajo el epígrafe *Castigo justísimo*, se lee que un abogado librepensador de Oporto empuñó una piqueta para derribar una imagen de la Virgen, y al dar un golpe á la escultura exhaló un grito de dolor, cubrióse los ojos con ambas manos, y quedó en disposición de ganarse la vida tocando la guitarra por las calles, es decir, ciego.

Me alegro, para que en adelante no se metan los abogados en faenas de picapedreros.

A cada uno le ayude Dios en su oficio.

La enseñanza en Madrid

La *Correspondencia de España y El Liberal* se han ocupado estos días de las desdichas que ocurren en las escuelas de niños y de adultos en Madrid y en todos los asuntos de la enseñanza primaria, desde que, para desgracia de la patria, perjuicio de la cultura pública y desdoro del Sr. Canalejas, ilustre polaco de sus parientes, dirigen los destinos de esa enseñanza el director general Sr. Altamira en toda España y el inconcebible déspota Sr. Bejarano dentro de Madrid.

Las mismas comisiones de obreros, y otra distinta, que han visitado la redacción de nuestros dos colegas, han visitado la nuestra y nos han dejado un escrito de quejas que no podemos publicar por su extensión y que hemos comprobado directamente, enviando á uno de nuestros redactores á recorrer escuelas.

De esta visita resulta que es exacto lo que las comisiones de obreros nos han dicho, y de lo que extractamos algo.

Don Mariano Méndez Bejarano, primo del Sr. Canalejas, está *chupándose una breva* de 7 500 pesetas anuales que le paga el Ayuntamiento de Madrid por desempeñar el cargo de Delegado Regio de las escuelas municipales; pero es el caso que este ilustre catedrático de *lengua...* francesa, ó de lo que sea, después de no visitar las escuelas; después de no tener ni una idea pedagógica aplicable á esas escuelas; después de no destinar al desempeño de su cargo más que una corta audiencia cada miércoles, se ha dado tal maña para disgustar y contrariar al Ayuntamiento de Madrid, que entre éste y el Delegado existe una tirantez, una guerra, una lucha que seguramente ha de producirle al Sr. Canalejas serios disgustos en cuanto altas personas se enteren, como se van á enterar por medio de las comisiones de obreros que nos han visitado y que seguirán sus visitas á otras casas mayores.

Y la causa de tantos males las producen el Sr. Altamira consejero, inspirador y ordenador del Sr. Bejarano; el Sr. Canalejas protector, amparador y sostenedor de su primo el Sr. Bejarano, y el Sr. Gimeno, ministro que, por no disgustar al jefe, y por no romper con su suplente Altamira, se encoige de hombros y deja rodar la bola.

Los obreros nos dicen que el Sr. Bejarano ha mandado cerrar veintitrés escuelas de adultos, creadas y sostenidas por el Ayuntamiento, con lo cual quedan sin escuela algunos cientos de alumnos.

Los obreros nos dicen que el Sr. Bejarano, demostrando su justicia y su compañerismo de catedrático, ha multado con cinco días de haber (40 pesetas) á casi todos esos 23 maestros, porque daban clase á los adultos (horrible delito) en virtud de nombramiento del alcalde; cuyo nombramiento creyeron poder aceptar, porque nadie les prohibió lo contrario.

Los obreros nos dicen que no han permitido escándalos en la vía pública al ser arrojados de las escuelas, porque sus maestros (esos maestros multados y despojados de su destino) les han

aconsejado, les han obligado hasta ahora, á que no promuevan protestas tumultuosas.

El redactor que ha visitado las escuelas ha visto á los maestros verdaderamente efílgidos y temerosos.

Al pedir permiso al maestro en una escuela para visitar la clase, le ha manifestado el profesor que le era imposible acceder á su deseo, porque el Delegado, Sr. Méndez Bejarano, le tiene remitida la siguiente comunicación, que publicamos á pesar de los ruegos en contrario del maestro, que teme le lleve á la cárcel ese delegado catedrático y primo... de Canalejas.

«Esta Delegación Regia previene á usted no consienta que en esa escuela de su cargo se verifique visita alguna por persona que no lleve autorización expresa para ello, suscrita precisamente por el Delegado Regio, no consintiendo por ningún pretexto que la practique quien carezca de tal autorización.—Lo que comunico á usted para su más exacto cumplimiento. Dios etcétera.—El Delegado Regio, *Mario Méndez.*»

Ante esta comunicación, el redactor le ha preguntado al maestro: Si viene á visitar la escuela el alcalde de Madrid, el teniente alcalde del distrito, el cura de la parroquia ¿qué hará usted?—No recibirlos, ni dejarlos entrar, contestó el maestro, disculpándose con la lectura de este oficio, como lo hago con usted. Es más, añade el maestro, el día que venga á visitar la escuela el inspector municipal, no entrará en mi escuela, si no me presenta *esa autorización expresa* que necesita como persona, al menos que me pruebe que el inspector no es persona.

Entre risas y enojos, nuestro redactor volvió á preguntar al maestro: ¿Por qué no se dirige usted en queja y denuncia de tanto abuso al Sr. Altamira?—Porque es público y notorio, le contesta, que el Sr. Altamira es el sostenedor de la lucha contra el Ayuntamiento; porque el ministro tiene todas sus facultades entregadas al Sr. Altamira; porque ni subsecretario, ni inspector general se dejan ver en ningún asunto para no disgustar al Sr. Altamira, y porque, siendo Bejarano primo de Canalejas ¡cualquiera se atreve con él!, ¡cualquiera le pone en peligro el momio de las 7.500 pesetas!

A esta altura llegaba la conversación entre el maestro y el redactor, cuando se presentó una madre con un niño, provista de su correspondiente papeleta de matrícula.

El maestro leyó esta papeleta y la devolvió á la señora, diciéndole: «No puedo admitir este niño en mi escuela, porque la matrícula está firmada por el alcalde, en vez del teniente alcalde, y ésto lo tiene prohibido el señor Delegado Regio.»

—¿Es más el señor Regio que el alcalde?, preguntó la madre. ¿Es más el teniente alcalde que el alcalde? Después de muchos viajes al Ayuntamiento, después de mucho tiempo que tengo á mi hijo por la calle ¿se niega usted á admitirlo? Admitámelo usted provisoriamente, señor maestro, que yo haré luego lo que haga falta.

—Me es imposible, señora, dice el maestro; mire usted lo que el señor De-

legado me ordena, nada menos que en el *Boletín Oficial del Ayuntamiento de Madrid*, sin que el alcalde ni nadie haya protestado:

«No darán ingreso en sus respectivas escuelas á ningún alumno cuya papeleta de matrícula no aparezca autorizada por el teniente de alcalde del distrito... y no quiero exponerme, por contrariar esta orden y otras verbales más terminantes y conminatorias, á ser castigado con multa por desobediencia.

..

Esto no puede seguir así, Sr. Canalejas. Esto no puede continuar, Sr. Francos Rodríguez. La *Cartilla* del perfecto ministerial tiene un artículo que dice que el alcalde dimite, no sólo cuando aparece la aurora boreal en nuestros climas políticos, sino cuando, para no molestar á los *primos* de un jefe, haya que desatender los intereses municipales; perjudicar la cultura pública cerrando escuelas, como hace Bejarano; multar maestros porque dan clase; arrojar á la calle cientos de alumnos, y encontrar cerrada la puerta de las escuelas el alcalde de Madrid, si las visita.

Y si esto continúa... ¡Apaga y vámonos!

La caridad

¡La caridad oficial y la religiosa! Nada más inútil ni más inmoral. Sólo sirven para que vivan en grande los intermediarios entre los que dan el dinero á los pobres.

No se da un paso sin encontrar hoy con una señora pedigüeña, ó con una monja que va en coche á pedir limosna para los desvalidos. Y el resultado, ya lo estamos viendo.

Es verdad que si destinaran el producto de la caridad á socorrer la desgracia, ni podrían ellas vivir con viven, ni levantar edificios que cuestan millones. ¡Cuántos pobres que se mueren de hambre mientras los asilos se construyen, podrían salvarse! ¡Cuánta mujer arrastrada al vicio por comer, redimirse! ¡Y cuánto hombre que arrastra grillete por lanzarse al mal camino harto de pasar miseria, se vería hoy libre y honrado!

Al pensar en esto, avívase el deseo de que venga pronto el reinado de la justicia brutal para acabar con muchas virtudes criminales.

NO LO ENTIENDO

Cada vez que se habla de que los curas vivan de su profesión como los demás mortales, recobrando así lo que hoy no tienen, la independencia, hay que ver lo furiosos que se ponen.

No lo entiendo. Si todo el país es católico, como dicen, nada deben temer: el subvendrá con exceso á sus necesidades.

Además, si cuentan con Dios, ¿qué les importa no cobrar del Estado?

Los templos y sus huéspedes (1)

POR

Roberto Robert

I

Desde las subterráneas catacumbas y sus furtivos rezos hasta la cúpula del Vaticano y sus ribombantes cánticos de hercúleos chantres y despectados capones, ¿habrá distancia?

Pues esa distancia ha recorrido, sin ferrocarriles ni diligencias aceleradas, sólo á fuerza de silogismos y distingos, la Iglesia católica, apostólica, romana.

II

Jesucristo no tenía una piedra en qué reclinar la cabeza; pero humanamente considerado, tampoco tenía derecho á gran cosa más, pues ni había estudiado latín, ni sabía una jota de ciencia teológica.

III

El que con mediano caletre considere que siendo tan sencillo el decálogo, haya dado origen á unas leyes orgánicas tan artísticas como las que rigen en la práctica del catolicismo, se admirará del inmenso talento de la Iglesia, y sentirá como yo vehementes deseos de ser siquiera por un día presbítero honorario ó monago de la clase de excedentes.

Consta en papeles viejos que San Pedro y sus compañeros no tenían lo equivalente á un real, y, sin embargo, á fuerza de pedir primero, de dar á préstamo después, y de tomarlo donde lo hubiere últimamente, la Iglesia ha llegado á reunir un caudal que la hace muy respetable.

IV

Desde las palabras de Cristo que decía: «Mi reino no es de este mundo», hasta el proyecto de Hildebrando su Vicario, que aspiraba á la monarquía universal, parece que haya un abismo, y, sin embargo, hay una gradación lógica, suave, recta, blanda, atractiva, que da ganas vehementes de recorrerla toda porque el que llega á su extremo, ese es Papa.

V

Nada más pobre, honesto y humilde que los primeros míseros albergues que sirvieron de casas de oración.

A cada una de ellas podía decirsele:

Salve dimora casta e pura

Allí todo era paz y frugalidad, resignación, esperanza y consuelo; el sacrificio de sí mismo era un ansia continua, pero dulce; el perfeccionamiento propio era una aspiración constante; el mejoramiento ajeno un regocijo celeste.

La pena era gozo; la continencia, ó fácil ó heroica; las adversidades mayores, objetos de alabanza; y si el creyente se despertaba de noche comido de in-

sectos ó mortificado por el hambre, se rascaba devotamente, se echaba al cuerpo una hoja de lechuga á secas, y exclamaba:

¡In questo asil' quanta felicità!

VI

No vaya á entenderse que cantasen en profecía este verso del *Fausto*, con la misma música de Gounod, pero quiero decir, que prorrumpían en una exclamación semejante.

VII

Así vivían dichosos los que, andando el tiempo y corriendo ellos, llegaron á ser señores de horca y cuchillo, con derecho de pernada y feudos y preeminencias elevadísimas, vestidos de raso y púrpura, ensortijadas las manos que blandían el carnicero montante y la derrengadora excomuniación, al par que elevaban la hostia consagrada.

¡Y aún les llaman enemigos del progreso!

VIII

El mundo hizo poco caso de ellos mientras los vió pobres y humildes; pero salió justamente castigado y tuvo que sufrirles ricos y soberbios.

¡Me alegro!

Después del desierto, vino la ermita solitaria; después la casa de oración para muchos fieles, la iglesia, el convento encastillado, sombrío, inexpugnable; la catedral lujosa, pomposa, calada, dorada, enmarmolada; el Vaticano agosto, con tanta robustez como afiligranamiento, mundano, altivo, risueño, sensual, como entrafando en sí y simbolizando triunfos de paz y de guerra, riqueza, poderío, gloria y la espléndida ilusión de una ventura perdurable.

IX

Leer las ascéticas historias de aquellos anacoretas que se apedreaban los huesos para castigar en ellos las rebelías de su hermana la carne, y estudiar cómo aquellos demacrados y enclenques individuos se fueron convirtiendo en rollizos carónigos, en obesos padres maestros y en cardenales bolsistas, es cosa para alabar á Dios, que así transforma á las criaturas sin trastornar las leyes que las rigen.

X

Aquella gente que comenzara tan pacífica, triste y desmonetizada, se hizo levantisca y madrugona, alegre y rica, aunque nunca manirrota.

XI

Afortunadamente los concilios les prohibieron cazar con halcón, cantar coplas, usar armas é instrumentos musicales y bailar el can-cán de la época; que á tal regocijo y aun á algunos otros les conducía la satisfacción de ver, que si no la ley de Cristo, cundía á lo menos la doctrina católica, y váyase lo uno por lo otro.

XII

Y como el catolicismo, quieras que

no, se propagaba de día en día, y el júbilo de sus apóstoles era cada día mayor y más expresivo en sus manifestaciones, hubo que prohibirles también que las santas moradas fuesen á ratos casas de histriones y que los sacerdotes se embriegasen, no con pasiones feroces, sino con zumo de uva fermentado, lo cual les inspiraba visibles propensiones hacia la mitad más débil del género humano.

XIII

Y más adelante, como el triunfo de los sacrosantos dogmas era cada día mayor, con lo cual la alegría del clero subía de punto, hasta se les prohibió tratar con los demás histriones y asistir á los teatros.

Pero la ley suprema de las cosas se sobrepuso á todo, y llegó tiempo en que los sacerdotes, que en realidad eran los que más derechos tenían á estar contentos, se embadurnaron la cara, escribieron ellos-mismos las comedias á su gusto, y las representaron en las iglesias y catedrales con un garbo y un aquél que no había más que pedir, si bien hubo en ello mucho que impedir.

XIV

Sobre este particular reclamo que se recuerde la comedia mística que, según dicen, escribió el obispo de Angers y que en efecto tiene muchas trazas de comedia diocesana.

Los diálogos entre la Magdalena y sus amantes y la paliza que el diablo Lucifer da al diablo Satanás porque no ha tenido talento bastante para tentar á Jesús, son cosas que á mi entender sólo pueden idearse á favor del báculo y la mitra.

Las interjecciones en que prorrumpen la espiritada hija de la Cananea, faltando á la decencia mundana, pero no á la ortodoxia, inclinan á creer lo anteriormente dicho; y cuando el alma de Judas, no pudiendo salir por la boca que había besado Jesús, sale por otro sitio, entonces huele á episcopal que apesta la ingeniosa y devota comedia.

XV

Para tener idea de lo que hacían los clérigos, nos parece buen medio indicar lo que se les prohibía que hicieran, y á este efecto, sin más que copiar habremos aducido prueba sólida.

Dice el rey D. Alonso X, que los clérigos «non deben jugar dados nin envolverse con tahures... nin deben entrar en tabernas á beber... nin deben ser facedores de juegos de escurnios... E si otros omes los ficieren, non deben los clérigos hi venir, porque facen hi muchas villanías é desaposturas. Nin deben otro si estas cosas facer en las iglesias: antes decimos que los deben echar de ellas desonradamente á los que lo ficieren: cada iglesia de Dios es fecha para orar», etc.

(Continuaré).

(1) Del libro *Los cachivaches de antaño*.